

EL ENIGMA DE HURX

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL ENIGMA DE HURX

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

363 — Cita para la eternidad. - *Kelltom Mclntire*

364 — Mundos paralelos. - *A. Thorkent*

365 — La piedra de la eternidad. - *Glenn Parrish*

366 — Peligro de invasión. - *Alf Regalclie*

367 — Operación Morituri. - *Adam Surray*

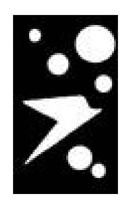
KELLTOM
McINTIRE

EL ENIGMA DE HURX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 368

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 25.312 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: agosto, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

El día 3 de abril llegó el desesperado S. O. S. desde el planeta Hurx.

Lo firmaba el comandante Zach Evans y decía así :

> «Hoy ha muerto Ron Barton, nuestro ingeniero de reparaciones. Nuestra Falcon-009 está averiada y ninguno de nosotros podremos repararla. Por otra parte, apenas disponemos de víveres para tres jornadas, aunque he dado órdenes de limitar las raciones al mínimo. Entre los supervivientes se extiende una ola de pánico, porque ni la doctora Clebourne ni ninguno de nosotros ha podido averiguar la causa de las muertes de Barton, Rainder, Pharr y Warwick. Los tripulantes de la Falcon-009 se comportan de forma extraña, huidiza. Temo que se conviertan en caníbales, en cuanto el hambre comience a dejarse sentir…»

En el SOC de Beaumont (Texas) se estaban dando los últimos y urgentes toques a la astronave Falcon-015, que partiría poco después hacia el planeta Hurx, con el fin de rescatar a los supervivientes de la Falcon-009.

Sin embargo, el general Huff Davidson, jefe del SOC (Centro de Operaciones Espaciales) (1[1]), sabía que la astronave de rescate no llegaría a tiempo con sus provisiones.

El comandante Evans había sido muy claro en su último mensaje a la Tierra: «*Apenas disponernos de víveres para tres jornadas*.»

La Falcon-015 tardaría no menos de veintidós días —en el más favorable de los casos— en alcanzar Hurx.

¿Qué habría ocurrido para entonces?

El general Davidson podía escoger entre dos opciones. Una: Mark Goldman, capitán de la Falcon-015, sólo encontraría los cadáveres de los tripulantes de la Falcon-009, muertos de inanición.

Dos: *Zach Evans y los demás supervivientes se habrían convertido en caníbales.*

¿Por qué, entonces, no se había acudido antes en socorro de aquellas personas —hombres y mujeres— detenidas en Hurx?

Porque materialmente no había sido posible: la astronave Falcon-015 no estaba dispuesta a emprender el largo viaje espacial cuando, el día primero de abril se recibió el primer S. O. S. del comandante Evans.

Desde entonces se había trabajado incansablemente en turnos que abarcaban las veinticuatro horas del día. Miles de personas se habían afanado en terminar los preparativos de la expedición en un tiempo récord.

Personalmente, el general Davidson había seleccionado a las personas que tripularían la Falcon-015.

Había escogido como piloto y jefe de la expedición al capitán Mark Goldman, un joven de treinta años, muy experto, hombre sereno y juicioso que, a pesar de su juventud, había realizado ya nueve viajes espaciales y conocía a la perfección todos los planetas del sistema solar, aunque jamás había realizado un viaje a otros sistemas.

Davidson había nombrado al coronel Douglas Brown como asesor de Goldman.

Brown tenía cincuenta y dos años. Demasiado viejo para un viaje espacial tan dilatado, pero Davidson no tenía a otro hombre con mayor experiencia. Y al fin y al cabo, Brown había estado en Hurx, ocho años atrás.

Eran las nueve de la noche del día 4 de abril.

A las once, la Falcon-015 despegaría de la base del SOC.

El general había meditado mucho sobre la oportunidad de enviar aquella misión de socorro.

Había tenido en cuenta que, probablemente, Goldman y sus tripulantes llegarían demasiado tarde a Hurx.

Pensándolo fríamente, convenía en que el viaje no tenía muchas posibilidades de alcanzar el éxito: rescatar a los supervivientes.

Pero aunque remota, siempre quedaba una esperanza de hallarlos con vida. Y si existía esa posibilidad, Davidson estaba dispuesto a seguir adelante contra viento y marea.

En cualquier caso, si Mark Goldman encontraba muertos a todos

los tripulantes de la anterior expedición, todavía quedaría algo importante por hacer: reparar las averías de la Falcon-009 y volver con ella a la Tierra.

Goldman contaba con cuatro ingenieros mecánicos y su copiloto, Bob Barret, podría hacerse cargo de la Falcon-009.

Sin embargo, a Davidson le inquietaban varias cosas.

Una de las preguntas que se había venido haciendo desde que recibiera el primer mensaje de Zach Evans, era la siguiente:

¿Por qué habían descendido sobre Hurx?

Hurx no interesaba a la Tierra, ni siquiera para instalar en el planeta una estación intermedia.

¿Por qué...?

Porque su atmósfera era irrespirable, tóxica, venenosa, porque no existían recursos vitales, porque el planeta, en constante agitación geológica, suponía un peligro de que Evans hubiera descendido sobre Hurx: unas horas sobre su candente superficie.

Hurx se encontraba en el primer nivel de la evolución geologica. Su orografía se transformaba continuamente y los mapas realizados unos años antes de nada valían en la actualidad, porque su superficie se alteraba sin cesar.

Davidson, sólo encontraba una explicación para el hecho de que Evans hubiera descendido sobre Hurx: una avería, una situación de emergencia.

Pero Evans no había informado de ello con claridad.

Había hablado de una avería, cierto, pero, según él, la avería se había producido sobre la superficie de Hurx, no en pleno vuelo.

Existía algo concreto, en el segundo mensaje de Zach Evans :

> «Me preocupa Jim Kopen, mi copiloto. Desde que abandonamos Raw, con nuestra carga de trescientas toneladas de hitrion, algo se ha modificado en su conducta. La verdad es que no me parece el mismo. Ha cometido errores tales como alterar en más de cuatro grados nuestro itinerario, lo que ha supuesto un gasto extra de combustible, al realizar la operación de volver a la trayectoria correcta.

Me pregunto si Jim Kopen no se habrá vuelto loco…»

Tal vez, aquélla fuese la explicación: Kopen, durante uno de sus turnos en la cabina de vuelo, se había desviado hacia Hurx, alteradas sus facultades mentales por la causa que fuese.

En cualquier caso, Mark Goldman rescataría la Falcon-009 y con ella el diario de a bordo del comandante Evans, en el cual Davidson esperaba hallar muchos datos interesantes sobre el viaje de aquella astronave a partir del asteroide Raw.

Raw interesaba especialmente a la Tierra por su masa rica en hitrion, un metal durísimo y de mediano peso de aplicación decisiva en la construcción de vehículos espaciales.

A las diez de la noche, el capitán Mark Goldman se presentó en el despacho del general Davidson.

Goldman era un hombre delgado y fibroso, atlètico. Tenía los cabellos cortos y crespos, muy negros, con algunas hebras canosas en las sienes.

Sus ojos grises, muy claros, brillaban.

—Creo que todo está listo, general —dijo.

—En tal caso, le acompañaré hasta las pistas.

Salieron.

Un estilizado vehículo a hidrógeno les aguardaba.

Subieron a él y el automóvil partió rápido hacia las pistas.

Sobre el carril elevado de la rampa de lanzamiento, se encontraba la majestuosa Falcon-015.

Cien metros de longitud en plateado hitrión, veinte tripulantes y técnicos, trescientas a quinientas toneladas de capacidad de carga y una autonomía de muchos millones de kilómetros, merced a sus poderosos reactores nucleares, todo eso era la Falcon-015.

La rampa de lanzamiento ascendía a lo largo de seis kilómetros de carril por la falda de Red Mount.

El resto de los tripulantes habían ascendido ya hasta la astronave y ocupaban sus puestos.

Al pie del ascensor que le llevaría hasta la Falcon- 015, Mark Goldman ofreció su mano al general Davidson.

Su expresión era grave, pero serena.

Era consciente de la importancia de la misión que le habían confiado. Pero conocía también su tremenda responsabilidad y los peligros que el viaje espacial entrañaba.

—Suerte, capitán —pronunció Davidson.

Y estrechó su mano con calor.

—Gracias, señor. Si todo va de acuerdo con el plan, estaremos de vuelta a finales de junio —respondió Goldman.

Entró rápidamente en la cabina de plástico del ascensor y el aparato ascendió hacia las alturas.

Luego, Goldman desapareció a la vista de los empleados de mantenimiento y los oficiales que quedaban en las pistas.

Se oyó el penetrante sonido de una sirena y las pistas fueron despejadas inmediatamente.

A tres kilómetros de distancia, Davidson oyó el potente rumor de los reactores de la astronave, que aceleraban paulatinamente.

Eran las diez horas cuarenta y cinco minutos de la noche del día 4 de abril.

Como siempre, el general aguardó impaciente el despegue.

Diez cincuenta, diez cincuenta y cinco, diez cincuenta v ocho…

Bruscamente, las llamaradas de los motores de despegue fulgieron en la noche durante unas décimas de segundo. Y luego, la colosal astronave se deslizó fulminante a lo largo de la rampa y taladró la atmósfera.

Comenzaba el largo viaje hacia Hurx.

CAPITULO II

Al final de la jornada del día 5 de abril, el capitán Goldman grabó en su video-diario:

> «Condiciones de vuelo normales, excelente velocidad de partida. Ningún incidente a bordo, excepto el que ha protagonizado el coronel Douglas Brown. El coronel se empeñó en relevar a mi copiloto, Bob Barrett, mientras me encontraba descansando. Naturalmente, Bob no le entregó los mandos y el coronel se enojó.
>
> »Me vi obligado a hablar con el coronel. Aunque respetuosamente, dejé bien claro que su función debe limitarse a la marcada en el plan: sólo es nuestro asesor.
>
> »Debo consignar que Douglas Barrett se enfureció conmigo. No le he dado mayor importancia al incidente. En cierto modo, comprendo la postura del coronel Brown: es un oficial superior que debe mostrarse disciplinado ante un oficial de categoría inferior como yo. Sin embargo, comienza a impacientarme su manía de entrometerse en todo, incluido el gobierno de la nave.»

Dos días más tarde —siete de abril—, el capitán Goldman volvía a insistir sobre la conducta del coronel Brown.

> «Brown declara que nuestra trayectoria no es la correcta, a pesar de que le he mostrado mis cálculos y las mediciones de los aparatos de a bordo. Nuestra dirección es exactamente 35-22-18. He consultado a la estación de seguimiento de Beaumont y han confirmado que la trayectoria es correcta. ¿Qué le ocurre al coronel?»

El día 10 de abril, Mark Goldman graba su diario en un magnetófono.

«No puedo utilizar el video-diario —explica—, porque alguien que ha conseguido penetrar en mi camarote lo ha destrozado, ignoro con qué intenciones. Naturalmente, he realizado una investigación entre todos los tripulantes y el resultado… señala al coronel Brown como causante de la destrucción del video-diario.

»He hablado con él claramente, le he acusado, pero el coronel lo ha negado todo. No tengo pruebas contra él, pero Sandra Goddard, mi operadora de telecomunicaciones, le ha visto rondar alrededor de mi camarote…»

George Yates, el más joven de los ingenieros mecánicos, penetró bruscamente en la cabina de mando.

—¡Es imposible seguir así, capitán! —exclamó, furioso, dirigiéndose a Goldman.

—¿Qué ocurre, George?

—¡Ese viejo, el coronel Brown! ¡Es un loco, loco de remate!

—Tranquilízate, George —respondió el capitán—. ¿Quieres explicármelo todo?

—El coronel ha penetrado en el área de los reactores. Todo el mundo sabe que está prohibido el paso, más allá del pasillo Z, por el peligro de contaminación por radiactividad, si no se lleva el traje adecuado. Cuando le he llamado la atención y le he obligado a volver atrás, me ha dicho que estamos todos locos y que usted, capitán, conseguirá que la Falcon-015 se pierda en el espacio. ¡Ese tipo…! ¡Cree saberlo todo mejor que nadie!

Goldman miró a su copiloto.

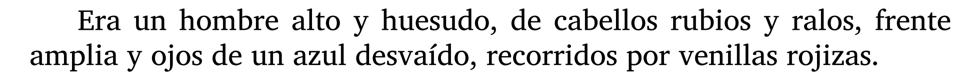
—Hazte cargo del gobierno, Bob. Creo que tendré que hablar seriamente con el coronel —dijo.

Abandonó la cabina de mando y buscó al coronel Brown.

Le encontró en la enfermería, en compañía del doctor Hibbings.

—¿Quiere venir un momento, coronel? —dijo amablemente Goldman.

—¿Qué pretende ahora? —exclamó Brown, desabrido.


Era un hombre alto y huesudo, de cabellos rubios y ralos, frente amplia y ojos de un azul desvaído, recorridos por venillas rojizas.

—Debo hablar con usted —insistió el capitán.

—Hágalo aquí mismo, si tanto interés tiene —respondió Brown, flemático.

Goldman entornó los párpados. Comenzaba a perder la paciencia.

—Le he dicho que me acompañe —repitió ahora sin amabilidad.

Brown le siguió a su camarote, con evidente mala gana.

—¿Y bien? ¿Qué quiere?

—Coronel, me está creando numerosos problemas a bordo. No hace otra cosa que entrometerse de forma impertinente en las funciones de mis hombres, infringir todas las reglas de a bordo y dar consejos inútiles que nadie le ha pedido. Está poniendo nerviosos a los tripulantes e incluso ha conseguido sacarme de quicio a mí mismo. Cuando fue nombrado como asesor mío por el general Davidson, me alegré sinceramente, porque creí contar con la inestimable experiencia de un hombre como usted. Por desgracia, he comprobado que sólo es un... inepto —afirmó Goldman.

El coronel enrojeció.

—¡Goldman! ¿Ha olvidado que soy su superior? —gritó.

—Le he tratado respetuosamente desde el principio de este viaje, pero usted se empeña en hacer nuestras relaciones difíciles. He llegado a pensar que más que ayudarme, parece todo lo contrario.

—¡Eso es un insulto!

—No. Tal vez no se encuentra en la plenitud de sus facultades mentales. Ha ocurrido anteriormente con otros cosmonautas: la intensidad de las emociones vividas en el espacio ha disminuido sus funciones cerebrales.

—Trata de insinuar que estoy loco —murmuró Brown, tembloroso.

—Ya le he dicho que no quiero insultarle, pero de su conducta se deduce que no se encuentra capacitado ya para una misión de esta envergadura. Me gustaría que no viera nada ofensivo en esto, pero he decidido separarle de sus funciones —resumió Goldman.

—Usted... ¡usted no posee autoridad suficiente para hacer algo

semejante! —gritó el coronel, colérico.

—Se equivoca: la tengo. Soy la única autoridad de a bordo. En realidad, podía haberle suspendido de sus funciones hace un par de días. Aunque podía obrar por mi propia iniciativa, preferí establecer comunicación con el general Davidson, que dejó en mis manos esa decisión. Ahora ya sabe que si le he mantenido en su puesto de asesor, fue solamente en un intento de que usted se comportase razonablemente en el futuro. Por desgracia, no ha sido así. A partir de ahora, sólo será un pasajero a bordo de la Falcon-015. Le ruego no vuelva a penetrar en las zonas prohibidas y también que se abstenga de interpelar y aconsejar a mis hombres.

—¡Se… se arrepentirá! —bramó el coronel.

Y se alejó bruscamente del capitán Goldman.

Mark sonrió tristemente.

No podía tomar en consideración la amenaza que encubría la última frase del coronel.

«En realidad, Brown se comporta como un niño», pensó mientras volvía a la cabina de mando.

Sin embargo, no consiguió alejar de sí la inquietud que la actitud del coronel llevaba a su ánimo.

¿Cómo era posible que el general Davidson le hubiera dedicado como asesor a un hombre como Douglas Brown, un deficiente mental, un individuo que no había dado la menor prueba de sensatez y responsabilidad a bordo?

Goldman se comunicó con el doctor Hibbings y le encargó :

—Vigile al coronel, por favor. Creo que debería internarle en la enfermería y someterle a un cuidadoso reconocimiento. Temo que sus nervios o su cerebro no funcionen del todo bien.

—Tranquilícese, capitán. Me cuidaré de él —respondió Hibbings.

Durante tres días, el coronel Brown fue sometido a un exhaustivo reconocimiento.

—Físicamente, está bien —informó el doctor Hibbings a Goldman —. Pero debo confesar que sus facultades mentales se extinguen por momentos. Es algo extraño, difícil de explicar… Pero yo diría que el desequilibrio psíquico del coronel se debe a… una intensa y

contradictoria tensión mental.



—¿Qué puede hacerse?

—Me temo que nada. La perturbación mental que padece es absolutamente desconocida para mí. Lo único que puedo hacer es mantenerle hospitalizado y en continua observación —respondió el médico.

—Me parece advertir en su actitud que está ocultándome algo, doctor —insinuó el capitán. Hibbings vaciló.

—Ya se lo dije: el caso del coronel Brown es muy extraño. Y me inquieta, lo reconozco. Lo que no le he dicho hasta ahora es esto: Brown está muriéndose, su vida se extingue lentamente.

Goldman le miró fijamente.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como de que no se puede hacer nada por impedir su muerte —respondió el doctor.

CAPITULO III

Esto se acaba.

Douglas Brown está muriéndose y yo necesito escapar de él.

Creo que Brown se muere porque le he sometido a una carga mental excesiva, a lo largo de ocho años.

Debo escapar, debo encontrar otro cuerpo antes de que el coronel muera.

Si su muerte me sorprendiera antes de que yo pudiera abandonar su organismo, yo también moriría con él.

Quizá —ahora hace ocho años— no escogí a la persona idónea entre los tripulantes de la Enterprise-002 que descendió entonces sobre Hurx, para explorar el planeta.

Pienso ahora que quizá Douglas Brown era demasiado viejo o que, tal vez, su potencia cerebral no era todo lo intensa que hubiera sido necesaria como para que mi mente se introdujera en él.

Estoy reflexionando. ¿A quién podría escoger de entre los veinte tripulantes de la Falcon-015?

Quizá este hombre que está cuidando al desventurado Douglas Brown, el doctor Harold Hibbings.

Es un hombre inteligente, culto, con una gran capacidad craneal.

Observo con interés a Hibbings.

Es un hombre joven, robusto, sano.

Me conviene; es más fuerte y resistente que los demás.

He decidido apoderarme de Harold Hibbings, estoy dispuesta a abandonar el cuerpo de Douglas Brown, que agoniza ya.

Miro a Hibbings, concentro mi potencia magnética en sus ojos con el fin de ganar su voluntad y conseguir que él esté dispuesto a recibirme.

Hibbings está inmóvil, como en trance. Sus ojos, muy abiertos, tienen un fulgor desusado.

Un estertor brota de la garganta del coronel Brown.

¡Va a morir, tengo que apresurarme!

Empiezo a deslizarme fuera. Brown se estremece y una luz azulada emerge de entre sus ralos cabellos.

¡Maldición! ¿Qué ocurre?

Alguien ha penetrado en la enfermería.

¡Es el odioso capitán Goldman!

El capitán está hablando al médico, pero Hibbings no le responde y Goldman le zarandea violentamente y le grita:

—¡Doctor Hibbings! ¿Quiere decirme qué le pasa, por el amor de Dios? —y le contempla con estupor.

En estas condiciones, no puedo realizar la concentración necesaria para pasar del agonizante coronel Brown al doctor Hibbings.

Me rebelo, furiosa, contra esta situación.

Pero mi mente es poderosa y me esfuerzo en hacer hablar al coronel Brown. ¡Y lo consigo!

—¡Por favor, capitán! —obligo a balbucear al coronel—. ¡Llame a... la enfermera Handford! ¡Me... muero y... el doctor Hibbings ha... sufrido un fallo cardíaco!

Goldman —el odiado capitán Mark Goldman—, suelta a Hibbings y me mira, muy inquieto.

Luego da media vuelta y... ¡se va!

Tengo que aprovechar estos instantes para la mutación. Porque a Brown el esfuerzo a que le he sometido le está matando ya.

Concentro los ojos del coronel en los del médico y éstos fulgen como dos gemas.

¡Puedo salir, estoy abandonando el cuerpo agonizante del coronel!

Mi mente ondula en el éter como una fina sierpe luminosa, se disgrega en dos haces y penetra lentamente a través de las retinas de Harold Hibbings.

¡Lo he conseguido!

Hibbings es mío, absolutamente mío.

Puedo ordenarle todo, puedo dominarle absolutamente.

No tengo más que inhibir su voluntad cuando me convenga para conseguir que su cuerpo haga lo que a mí me plazca.

Douglas Brown parece revivir en cuanto he abandonado su cuerpo.

Me mira con odio mortal, si pudiera me destruiría, porque ahora es consciente de que durante ocho años le he robado su voluntad. Durante ese lapso de tiempo, yo he ordenado por él y de él me he servido para mis fines.

Respira anhelantemente, como si se agarrase desesperadamente a una última y remota posibilidad de vida.

Pero su organismo está muy debilitado y a mí Brown no me interesa ya.

Tengo a Hibbings y ello me basta.

—¡Mátale! —ordeno al doctor.

Hibbings obedece como un autómata.

Toma en sus manos la almohada bajo la cabeza del coronel y la aplasta durante treinta segundos sobre su boca y nariz.

Douglas Brown se ha agitado débilmente y luego ha quedado completamente rígido, inmóvil.

¡Ha muerto! .

—¡Retírate! —ordeno a Hibbings.

El médico coloca la almohada bajo la cabeza del coronel y se retira unos pasos.

Lo está haciendo muy bien.

Da unos pasos, vacilante, y se lleva la mano al corazón.

Está pálido, muy pálido, y su rostro exuda copiosamente.

Así le sorprenden el capitán Goldman y la enfermera, Dolly Handford.

—¡Doctor, doctor! —grita ésta—. ¿Se encuentra bien?

La Handford va rápidamente al botiquín y prepara una inyección.

—No permitas que te inyecte —ordeno a Hibbings.

Cuando la enfermera se acerca, el médico alza una mano.

—Gracias, Dolly. Pero... creo que ya no será necesario. Me encuentro bien —asegura—. Creo que sólo fue un vahído. No he comido nada desde hace doce horas y la tensión nerviosa provocada por mi preocupación por el coronel ha hecho el resto.

¡Bien por Hibbings! Se deja dominar sin oponer resistencia.

—¿Y Brown? —pregunta Goldman.

Hibbings se inclina sobre el coronel, le ausculta y se vuelve hacia el capitán y la enfermera, que aguardan sus palabras con una expresión de intensa angustia.

—Lo siento —murmura Hibbings, apenado, condolido—. He hecho todo lo que podía por él. Ha muerto.

Goldman se pasa una mano por la sudorosa frente.

Y luego se inclina sobre el muerto.

Le observa con gran atención, el muy...

—Es extraño —dice—. ¿Han visto la expresión del coronel? Yo diría que algo ha cambiado en él. Sus facciones no tienen ya la tensión ni su expresión la aspereza que tenían en vida. Se diría que ahora está relajado, feliz, como si hubiese llegado para él la liberación,...

Sólo yo puedo entenderlo bien. La expresión de Douglas Brown ha cambiado porque antes de morir se sintió en verdad absolutamente liberado... de mí.

Pero es peligroso que Goldman o la enfermera Handford vayan demasiado lejos en sus deducciones y obligo a intervenir a Hibbings.

—Nada hay de extraño, capitán —obligo a decir al médico—. Este hombre estaba loco. La muerte, para él, ha sido ima verdadera liberación.

Goldman se ha retirado del lecho.

Suspira.

—Creo que tiene razón, doctor —admite.

Pero Dolly Handford ha elevado la cabeza de Brown y observa con atención la almohada.

¡Peligro!

Antes de morir, el coronel ha debido morderse los labios rabiosamente y en la almohada ha quedado perfectamente impresa las huellas de sus labios cuando Hibbings se la ha apretado contra su rostro para ahogarlo.

Dolly Handford me mira fijamente.

Lo sé: sospecha la verdad.

Imagina que el doctor Hibbings ha asesinado a Brown, siguiendo mis indicaciones.

Por fortuna, el capitán Goldman se vuelve hacia mí, es decir, hacia Harold Hibbings, y le ordena:

—Lleven su cadáver a una de las cámaras de hibernación. El coronel tiene hijos en la Tierra. Ellos decidirán lo que ha de hacerse con su cadáver.

¡Y se marcha!

—¿Qué es lo que mira, Dolly? —obligo a preguntar a Hibbings.

Dolly está muy pálida y sus labios tiemblan.

—Sospecho que usted ahogó al coronel —responde la chica, valientemente.

Es muy inteligente, la maldita. Ha visto la huella de los labios ensangrentados de Douglas Brown y ha dado con la solución exacta.

—Está en lo cierto —digo a través de Hibbings—. El coronel sufría horriblemente, usted lo sabe muy bien. Su enfermedad era va irreversible. Me compadecí de él y lo ahogué, para ahorrarle sufrimientos. Douglas Brown no tenía ya salvación, Dolly.

La enfermera vacila.

—Es decir, eutanasia —murmura.

—Exactamente. No soy el primero que la practica ni tampoco seré el último. Lo consideré una obra de caridad.

Trato de convencerla, de justificar la acción de Hibbings.

Pero ella insiste:

—Debió decírselo al capitán. Sin embargo, no le escuché decir nada semejante. Usted permitió que Goldman creyese que Brown ha muerto de muerte natural —pronuncia.

—Son cosas de médicos, Dolly. La responsabilidad de practicar la eutanasia era sólo mía. No quería complicar a nadie más, ni siquiera a usted. Quería ahorrarles preocupaciones —digo.

—Sin embargo, yo opino que mi obligación es informar de todo esto al capitán —insiste tenazmente la maldita.

No tendré más remedio que matarla. Es decir, influir sobre Hibbings para que la elimine.

La miro fijamente.

—De acuerdo, Dolly, haga lo que le dicte su conciencia. Pero antes, por favor, ayúdeme a amortajar al coronel y a llevar su cadáver a las cámaras de hibernación —dicen los labios del médico.

Dolly obedece.

Sus manos ¡tiemblan cuando desnudan el cadáver del coronel y entre ambos lo envuelven en una blanca mortaja.

Luego, el cuerpo es colocado en un cajón de aluminio.

El interior del metálico sarcófago es holgado. Probablemente dentro cabría también el cadáver de Dolly Handford.

He pensado todo esto en breves segundos.

¿Qué mejor solución para deshacerme de la peligrosa enfermera?

Hibbings se muestra reacio cuando le ordeno que rodee con sus grandes manos el cuello de Dolly y apriete hasta matarla.

Pero no es capaz de resistir la tensión mental y finalmente obedece.

Dolly le ha mirado y ha debido adivinar sus intenciones, porque ha dado un salto y ha retrocedido, espantada.

—¡Deténgase, doctor, por amor de Dios! —gime—. ¡No puede hacerlo, no puede hacer eso!

—Tú no me dejas elección, querida —pronuncian los labios de Harold Hibbings.

Las fuertes manos del médico han cerrado la puerta de la enfermería y han corrido el cierre de acero. Dolly, paralizada por el horror, es incapaz de moverse cuando el doctor avanza hacia ella.

Luego, las enormes manazas se ciñen a su esbelto cuello y aprietan,

aprietan, ¡aprietan!

Dolly cae al suelo, muerta.

Apenas han transcurrido cinco minutos desde que el capitán Goldman abandonase la enfermería y en tan breve lapso la enfermera Dolly Handford ha encontrado el camino hacia la eternidad.

Hibbings se inclina y toma su cuerpo.

Dolly descansará ahora junto al coronel Brown.

El médico coloca la tapa del sarcófago y abre un armario.

Vuelve con un soldador eléctrico y en pocos minutos la tapa está soldada y el sarcófago herméticamente cerrado.

—Ahora sólo queda trasladarlo a la cámara de hibernación —le digo.

Obedece mansamente.

Coloca el sarcófago sobre una carretilla eléctrica, abre la puerta de la enfermería y, conduciendo el vehículo, se traslada a través de los pasillos.

No hay nadie en las proximidades. Pero para el caso sería igual: sólo verían al doctor Hibbings, que cumple las órdenes del capitán.

Penetra en la gran cámara frigorífica donde existen diez cámaras de hibernación y abre una de ellas.

La carretilla eleva el sarcófago y lo deposita fácilmente en su frío alojamiento.

En poco tiempo, los cadáveres estarán congelados porque Hibbings acaba de poner en marcha los silenciosos motores de congelación.

El peligro que suponía Dolly Handford ha desaparecido.

¿Quién podría encontrar su cadáver?

Cuando sea notada su ausencia, la buscarán por todas partes, es obvio.

Y cuando se convenzan de que no está, supondrán que en un ataque de locura se ha arrojado al vacío a través del expulsor de residuos.

Ya falta poco para que me encuentre con mi compañero, el gran Dumenx.

Porque Dumenx se encuentra en Hurx, desde hace más de doscientos años.

Muchas veces he pensado en él. E incluso he llegado a preguntarme si no estará muerto.

CAPITULO IV

Mark Goldman se sentía muy preocupado.

Tras la extraña muerte del coronel Brown, se produjo aquel insólito hecho: la desaparición de Dolly Handford, la enfermera del doctor Hibbings.

Dolly lue buscada hasta en los lugares más apartados de la gran astronave. Y la inquietud reinó entre la tripulación al no ser hallada, ni viva ni muerta.

Goldman había llevado a cabo, personalmente, una minuciosa investigación.

En algún momento, incluso llegó a sospechar del doctor Hibbings, la última persona que había visto con vida a la enfermera Handford.

Pero pronto comprendió que sus sospechas no tenían el menor fundamento.

Hibbings era un profesional completo, honrado a carta cabal, bondadoso y generoso.

Por otra parte, el médico no tenía ningún motivo para desear la muerte de Dolly Handford, a la que, por el contrario, le unía una sincera y cordial amistad.

El asunto era inquietante, desde luego.

Una y otra vez, Goldman se preguntaba qué podía haber impulsado a Dolly a arrojarse al vacío a través del expulsor de residuos, única hipótesis con visos de verosimilitud que merecía la pena considerar.

—A fin de cuentas, a Douglas Brown le ocurrió otro tanto. Se volvió loco. ¿O ya lo estaba antes de comenzar el viaje espacial? —se preguntaba el capitán.

Imaginar tal cosa era absurdo.

Las personas que componían la tripulación de las astronaves eran cuidadosamente seleccionadas y sufrían exhaustivos exámenes médicos, por lo cual era muy improbable que un loco consiguiese superar las completísimas pruebas de selección.

Goldman, por tanto, sólo hizo lo que pudo: grabar cuidadosamente en su magnetófono cuantos datos resultaron de su investigación.

Por supuesto, después de utilizado, Goldman guardaba el aparato en su caja de caudales, medida de precaución justificada si se recordaba que el coronel Brown o quienquiera que fuese había destrozado el video-diario instalado en su camarote.

El viaje seguía inexorable hacia el peligroso planeta Hurx.

El 17 de abril —siempre según el cómputo terrestre— la Falcon-015 abandonó el sistema solar propio y aumentó su velocidad.

Nada digno de destacar ocurrió durante los días siguientes.

Harold Hibbings, un hombre de un natural muy cordial y extrovertido, se había vuelto huraño y silencioso.

Cuando Goldman le hizo una pregunta en tal sentido, el doctor respondió:

—Lo siento, capitán, pero aún me encuentro bajo los efectos de la depresión que me causó la increíble desaparición de Dolly Handford. Jamás se lo dije a nadie, pero lo cierto es que yo había empezado a enamorarme de ella, ¿comprende?

Goldman asintió.

La actitud de Hibbings estaba, pues, más que justificada. Sólo que...

Goldman no podía evitar ciertos tenebrosos pensamientos.

Pensaba en el cambio que se había operado en las facciones del coronel Brown, poco después de morir, por ejemplo.

Y también en la distinta expresión actual de Harold Hibbings. Con el médico, había ocurrido al contrario que con el difunto coronel: en Brown, las facciones se habían dulcificado, humanizado. Ahora, con Hibbings, ocurría todo lo contrario.

Sus ojos habían perdido humanidad y sus facciones aparecían rígidas, tensas, demacradas, con un rictus... que a Goldman se le antojaba maligno.

—Debo estar viendo visiones —se decía Mark, burlándose de sí mismo.

Pero la inquietud estaba en su ánimo y otro tanto ocurría con el

resto de la tripulación.

Sandra Goddard, la bella operadora de comunicaciones, que permanecía casi dieciséis horas en la cabina de mando, le había confiado:

—Me paso el tiempo aquí porque tengo miedo. Ni siquiera en mi camarote, con la puerta cerrada por dentro, me siento segura. Si no tuviera que dormir, que descansar, pasaría aquí veinticuatro horas de cada día.

—¿De dónde sacas esos temores? No hay nadie a bordo que quiera hacerte el menor daño. En realidad, todos están enamorados de ti— bromeó Mark.

Sandra enrojeció.

Era una chiquilla, a pesar de sus veintitrés años y de su título de ingeniero en telecomunicaciones.

—Todos… menos tú —dijo ella, sorprendentemente.

Por Una vez, Goldman no supo qué responder.

En realidad, adoraba a Sandra.

Durante las largas horas de navegación, el capitán contemplaba disimuladamente a la bonita operadora.

Admiraba sus largos cabellos rojos y brillantes, su esbelta y pura silueta, el óvalo exótico de su rostro de pómulos muy marcados, labios grandes y gruesos, nariz regular y clarísimos ojos azules que destellaban siempre con un brillo húmedo.

Valdría la pena amar a Sandra y dejarse amar por ella, porque era una deliciosa criatura.

Pero Mark Goldman aún se sentía dolorido. Aún prevalecían las marcas que la huida de Samantha habían grabado profundamente en su corazón.

Era amargo recordar una y otra vez que Samantha le había traicionado.

Había transcurrido poco más de un año, desde la boda.

Mark la amaba tiernamente y se entregó por completo a ella.

Desgraciadamente, Mark estaba atado al ejército y al SOC y eran

muchos los días en que apenas podía pasar unas horas en compañía de su esposa.

Ella se quejaba continuamente.

—Me aburro, me aburro y tú… siempre estás lejos. Algunas tardes subo a la montaña y miro al cielo… Entonces, me pregunto: ¿dónde estará Mark? ¿En la base de Saturno, en la de Plutón, tal vez de regreso ya? Y cuando vuelvo a casa, la encuentro vacía.

—Cuando nos conocimos, yo pertenecía ya al Centro de Operaciones Espaciales —respondía Mark, en su descargo—. Te advertí que no siempre podríamos estar juntos. Y tú afirmaste que no te importaba. Incluso te sentías orgullosa de mí.

—Pero la soledad es terrible, Mark. Un día cualquiera, volverás y… yo no estaré. Entonces no volverás a verme jamás —decía ella.

Mark lo había tomado como una broma. Pero iba en serio.

Cuando volvió un atardecer a su casa, la halló vacía. Samantha se había llevado todas sus cosas.

Sólo había dejado una nota:

> *«Te lo advertí, Mark. Me he cansado de esperar. No me busques porque de nada serviría. He conocido a otro hombre y me voy a vivir con él, lejos de aquí. Sé que sufrirás durante algún tiempo, pero es mejor así.*
>
> *»Samantha.»*

Eso era todo. Una nota de despedida y… adiós.

«No debía sentir un gran amor por mí», pensó Mark, dolorido.

Naturalmente, a veces justificaba el proceder de Samantha, egoísta, sí, pero humano. La justificaba porque Mark conocía en toda su intensidad el sabor de la soledad.

Todo aquello había ocurrido hacía poco más de tres meses. El tiempo iba cerrando poco a poco la herida, pero la cicatriz estaba todavía excesivamente sensible.

A bordo, el tiempo se hacia demasiado largo, había muchas horas

para pensar y a veces Mark parecía complacerse en hurgar en la lacerante herida.

Luego había conocido a Sandra Goddard.

En primer lugar sólo Se sintió atraído por su belleza, por su indudable sexy. Pero a medida que los días transcurrían y la convivencia en la cabina de mando se intensificaba, Mark se había dado cuenta de que comenzaba a enamorarse de la pelirroja Sandra.

Hubiera sido fácil contestar a las palabras de Sandra:

—Todos están enamorados de ti..., pero yo te amo todavía más.

Pero no lo dijo.

Se sentía inseguro, tal vez tenía miedo de llegar a una situación como la que tres meses atrás le separara de su esposa.

Sandra insistía acerca del ambiente impregnado de inquietud que reinaba a bordo de la Falcon-015 entre todos los tripulantes.

—Sólo aquí me siento segura —repitió—. Y creo que se debe a tu presencia, Mark.

—Eso es muy halagador, Sandra —respondió Goldman. Y era sincero. Luego, añadió—: En cuanto a esa inquietud, creo que se trata de un fenómeno de psicosis colectiva, del que yo también sufro en cierto modo. Pero no temas, no ocurrirá nada. Dentro de poco descenderemos sobre Hurx, rescataremos a su tripulación y una vez reparada la Falcon-009, iniciaremos el retorno a casa.

—Me gustaría ver confirmadas tus palabras —murmuró Sandra, tras un leve estremecimiento.

Ella volvió a su puesto y Goldman se sumergió en sus pensamientos.

¿Qué hallarían dentro de la Falcon-009, si en verdad encontraban la astronave?

Porque, en definitiva, él no estaba muy seguro siquiera de encontrarla.

El planeta Hurx se debatía casi continuamente en violentos movimientos sísmicos. Por tanto, ¿quién podría asegurarles que la nave no hubiera sido engullida, entretanto, por uno de los terroríficos terremotos?

—En cualquier caso, debemos disponer nuestro ánimo para cualquier eventualidad —se dijo.

Davidson le había comunicado —antes de partir— sus más íntimas inquietudes: era muy posible que Zach Evans y los restantes supervivientes se hubieran convertido en caníbales. Es decir, que se hubieran decidido a alimentarse con los cadáveres de sus compañeros fallecidos.

CAPITULO V

El dia 28 de abril, la poderosa Falcon-015 descendía sobre la superficie de Hurx.

Se cumplían, pues, veinticuatro días de navegación.

El lugar donde debía encontrarse la nave del comandante Evans había sido bautizado con el nombre de Hell Plane (1[2]).

«Un nombre muy apropiado», pensó Goldman.

En la cabina de mando, todos estaban atentos a la maniobra.

Habían descendido a considerable velocidad hasta una altura de veinte mil metros, pero ahora ya funcionaban los potentes retrocohetes y el descenso era lento.

A través del visor, podían contemplarse las tufaradas de amarillentos gases que rodeaban la astronave.

—Dos mil metros... Mil doscientos, novecientos... Quinientos metros... Trescientos —iba leyendo Bob Barrett en el altímetro electrónico.

Los retrocohetes elevaron polvaredas rojizas que se mezclaron con el humo que brotaba de los cráteres de Hurx.

Hubo un fuerte estremecimiento y la Falcon-015 quedó inmóvil sobre la candente superficie.

Esperaron, silenciosos, a que el polvo se asentara sobre el suelo.

Al cabo, obtuvieron una visión medianamente clara a través de los visores.

—¡Allí está! —gritó Bob.

Era cierto.

A través de las brumas, vieron la Falcon-009 posada a unos quinientos metros de distancia.

—¿Qué hacemos? —preguntó George Yates, que se encontraba en la cabina.

—Esperemos —decidió Goldman—. Ellos disponen de dos Maggot-

Cars (1[3]) como los nuestros. Si están vivos, nos habrán visto, y en seguida algunos de ellos vendrán hasta nuestra nave en uno de esos vehículos.

—¿Y si no vienen? —preguntó Bob Barrett.

—En tal caso, no creo que haya muchas esperanzas de recuperarlos vivos —respondió el capitán.

El silencio se hizo espeso, angustioso.

Todos contemplaban la Falcon-009 con los ojos bien abiertos, esperando que una de sus secciones se abriera de un momento a otro el Maggot-Car se deslizase sobre el humeante suelo de Hurx.

Pasaron diez minutos. No ocurría nada.

Cuando la puerta de la cabina se abrió, todos se volvieron, asustados, a mirar.

Era Harold Hibbings, que se aproximó a ellos y miró ansiosamente a través de la pantalla.

Finalmente, Mark Goldman se alzó en su puesto de mando.

—Vamos a echar un vistazo —anunció—. Vendrán conmigo George Yates, Bill Richards y el doctor Hibbings.

—¿Puedo… puedo acompañarte, Mark? —preguntó Sandra, temerosa—. Tal vez el doctor Hibbings necesite una… enfermera.

—Lo siento, Sandra, pero no vendrás —denegó el capitán—. No creo que vayamos a encontrar nada agradable. Estad atentos, Bob. Ordena que hagan descender un vehículo mientras nos ponemos los trajes y recogemos el material indispensable.

—Bien —respondió el copiloto.

Goldman miró a Sandra. Y sintió una intensa ternura hacia ella. Era evidente que Sandra prefería acompañarle porque sentía miedo, pero era mejor evitarle ciertos espectáculos.

—No temas —dijo Mark—. Volveremos pronto.

—Eso espero —murmuró ella.

Minutos después, Mark se reunía con los tres hombres que había nombrado para acompañarle.

Richards, Yates y Hibbings le miraron a través de los visores de sus escafandras plásticas.

—Abajo —dijo Goldman a través de la radio.

Un ascensor les llevó hasta la base de sustentación de la nave. La cámara de descompresión se cerró a sus espaldas y el suelo se desgajó en dos mitades.

Descendieron por una escala y la ardiente y tóxica atmósfera de Hurx les envolvió.

El suelo vibraba intermitentemente y la visión de los alrededores era apocalíptica.

Al fondo, en la lejanía, la tierra temblaba y se agrietaba, convulsa. De vez en cuando se oía como un trueno subterráneo y las entrañas del planeta se conmovían v hacían brotar violentamente abruptas elevaciones candentes.

Subieron al vehículo v Bill Richards lo puso en marcha en dirección a la Falcon-009.

—Graduad la temperatura de vuestros trajes —ordenó Goldman—. Y no olvidéis en ningún momento que la atmósfera de Hurx supera los noventa prados.

Todos obedecieron sin vacilar. Todos, excepto el doctor Hibbings, que parecía abstraído.

— ¡Hibbings! —gritó Goldman a través de su radio—. ¿Qué espera para regular su termostato?

Finalmente, el médico obedeció.

Richards conducía con todo cuidado el pequeño y ágil vehículo a orugas, porque el terreno, además de muy accidentado, aparecía surcado a veces por profundas grietas de las que brotaba aquel espeso humo amarillento.

«En verdad, esto parece la mansión de Satanás», pensó Goldman, recordando el nombre de la planicie que atravesaban.

A través de unos pequeños prismáticos, Goldman contemplaba la Falcon-009.

Exteriormente, la astronave no había sufrido el menor desperfecto. Debía tratarse, pues, de alguna avería interna.

Por fin, el vehículo conducido por Richards se detuvo bajo el colosal fuselaje de la Falcon-009.

George Yates pulsó un excitador electrónico que llevaba consigo y una sección del fuselaje se abrió en su base.

Ascendieron por una escala y se detuvieron en la cámara de descompresión.

Dos minutos después, Mark Goldman se liberaba de su escafandra y ordenaba a los demás que hicieran otro tanto.

Olfateó el aire insistentemente.

Un hedor repugnante invadía los pasillos de la Falcon-009.

—Huele a… muerto —murmuró George Yates, estremecido de horror.

—Adelante —ordenó el capitán.

Avanzaron lentamente en dirección a la cabina de mando.

La pestilencia se intensificaba, el hedor se hacía insoportable, por lo cual Goldman, Richards y Yates optaron por tornar a colocarse sus escafandras de respiración autónoma.

Sólo el doctor Hibbings continuó respirando a rostro descubierto sin que, al parecer, sintiese repugnancia.

Luego. Goldman abrió decididamente la cabina de mando.

La escena que se ofreció a sus ojos bastaba para helar, la sangre en las venas del hombre más indiferente.

De una sola ojeada, Goldman contó ocho cadáveres.

Bueno, no exactamente cadáveres. Algunos eran, simplemente, esqueletos mondos.

Entró.

El cadáver de la doctora Angie Clebourne y otros cuatro más aparecían en avanzado grado de corrupción.

Mark reconoció también los cuerpos de Ron Barton, de Phil Rainder, Malcolm Pharr y John Warwick.

Faltaban, pues, siete personas, puesto que la dotación de la Falcon-009 se componía de quince personas.

—Yates, Richards —nombró Goldman—. Vayan a las cámaras de hibernación y comprueben si se encuentran allí los cuerpos que faltan.

El doctor Hibbings y él quedaron solos.

—¿Qué cree que ocurrió aquí, doctor? —preguntó el capitán.

Hibbings, que estaba inclinado sobre el cadáver de John Warwick, se incorporó.

—El vientre de Warwick está monstruosamente hinchado. No puedo asegurarlo mediante un simple examen ocular, pero se diría que Warwick murió después de ingerir alimentos en mal estado —respondió.

—¿Carne humana, quizá? —insistió Goldman.

—Tal vez.

Abandonaron la cabina de mando y Mark buscó el camarote del comandante Zach Evans.

Penetraron en ella y Goldman comprobó que el video-diario de Evans estaba destrozado, parcialmente quemado, inservible.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué es curioso? —preguntó Hibbings.

—Nada —respondió Goldman, con cierta brusquedad—. Estaba pensando en voz alta.

Sin embargo, lo cierto era que Goldman se sentía muy sorprendido. Porque parecía evidente que existía un cierto paralelismo entre los incidentes ocurridos a bordo de ambas astronaves.

En la que comandaba Goldman, un tripulante —el coronel Brown— se había vuelto loco, dando lugar a extraños sucesos.

En la Falcon-009 había ocurrido algo similar: Jim Kopen, el copiloto del comandante Evans, había cometido gravísimos errores que obligaban a dudar de su salud mental.

Y en ambos casos, alguien se había sentido impulsado a destrozar los video-diarios donde sus pilotos reseñaban puntualmente todos los incidentes surgidos a bordo.

George Yates y Bill Richards penetraron en el camarote cuando ya Goldman y el médico se disponían a abandonarlo.

—Hemos encontrado seis cadáveres —dijo Richards, cuyas facciones habían perdido el color.

—¿Sabéis cuál es el que falta? —indagó inmediatamente Goldman.

George asintió.

—Es el del copiloto, Jim Kopen —informó.

Una leve sonrisa distendió los labios del doctor Hibbings.

—¿Por qué sonríe? —preguntó el capitán, estupefacto.

—Por nada —denegó Hibbings—. Estaba pensando.

—Hay algo más, capitán —dijo Richards.

—¿De qué se trata?

—Todos los cadáveres de las cámaras de hibernación están… parcialmente devorados, incluido el del comandante Evans. Yo juraría que alguien se ha estado alimentando del comandante… recientemente —pronunció.

CAPITULO VI

Dumenx vive, ahora lo sé.

Se encuentra en algún lugar de esta astronave, introducido en el cuerpo de Jim Kopen.

Sé que él se ha estado alimentando de esos cadáveres, de la misma forma que adivino sin esfuerzo cuanto ha ocurrido aquí.

Sin embargo, no pienso informar a Goldman..., puesto que no me interesa.

Ahora están buscando como locos a Jim Kopen, es decir, a Dumenx, mi compañero.

Ha debido ser muy duro para él ver transcurrir en soledad estos ocho años.

Pero ahora yo estoy aquí, para ayudarle y respaldarle.

Pienso que fue una locura venir a Hurx... hace algo más de doscientos años.

Veníamos desde el lejano Hontar-Rha, buscando con ansiedad una civilización semejante a la nuestra. Durante miles de años habíamos viajado por el Universo sin envejecer.

Entonces, Dumenx y yo misma, Ooxah, como los quinientos tripulantes que componían la dotación de nuestra gran astronave, teníamos una apariencia humana, semejante a la de Mark Goldman y sus hombres.

Y al fin, descendimos sobre Hurx.

Dumenx aseguraba que Hurx era habitable.

En cierto modo, tenía razón, puesto que los análisis que habíamos realizado de la atmósfera de Hurx desde nuestro distante Hontar-Rha, así lo aseguraban.

Pero no habíamos contado con el TIEMPO, ese factor decisivo en todos los niveles de la VIDA.

Hurx había sido habitable, sobre su superficie había florecido una raza humana, inteligente y próspera..., pero de ello hacía mil quinientos años, algo menos del tiempo que habíamos empleado en viajar desde Hontar-

Rha.

Lo que había sucedido en Hurx suponía un misterio insondable.

Pero la Historia de la Civilización se repite siempre en todas las razas.

Empieza con la concentración de los elementos hasta la formación de un cuerpo celeste, un planeta.

Sigue con la aparición de las bacterias y vegetales microscópicos, continúa con la evolución de las especies, hasta llegar al homo sapiens, al Rey de la Creación.

Luego..., el egoísmo, el orgullo, la ambición, vienen a dar al traste con todo.

Una guerra, la autodestrucción..., puede llamársele como se quiera, pero no hay duda que el hombre, la materia, se destruye a sí mismo.

Nosotros, los hombres que procedíamos de Hontar- Rha, nos empeñamos en descifrar el enigma.

Transcurrieron los años. Absortos en nuestros estudios, en nuestras prospecciones científicas, fuimos suficientemente estúpidos como para no advertir que estábamos extinguiendo la energía latente en nuestra nave.

Y así, cuando quisimos alejarnos del inhabitable Hurx, para, seguir explorando el Universo, descubrimos, impotentes, que no podríamos abandonar este candente planeta.

El hambre nos obligó a convertirnos en caníbales.

De los quinientos hombres y mujeres que componíamos la expedición, la cifra fue rebajándose a cuatrocientos, a trescientos..., hasta que apenas quedamos cien.

Nuestros hijos eran devorados igualmente, pues los adultos —capaces de engendrar— tenían prioridad para vivir.

Era espantoso, lo sé, pero nos aferrábamos desesperadamente a la vida y para ello no nos deteníamos en nada.

Dumenx, mi compañero, reunió a los hombres y mujeres que quedábamos con vida.

Daba pena vernos.

Enflaquecidos como espectros, enfermos, desesperados.

—De nada nos serviría seguir devorándonos los unos a los otros —anunció Dumenx, con voz grave, reflexiva—, puesto que con ello sólo conseguiríamos llegar a la total extinción. De continuar así, finalmente sólo quedaría uno de nosotros, que vería venir la muerte en la mayor soledad y desesperación.

—Pero... ¡no hay otra solución! —gimió Weea, la es- posa del ayudante Xabay.

—¡Dinos, Dumenx! —grito el propio Xabay—. ¿Existe otra posibilidad de seguir viviendo hasta el final?

Mi pobre Dumenx hinchó su escuálido pecho.

—La hay —declaró—. Pero todos no tendremos acceso a ella.

* * *

Me he visto obligada a interrumpir mis recuerdos. . Dumenx está enviándome una llamada desesperada... ¡Se encuentra en peligro de muerte!

Debo acudir en su auxilio y salvarle..., aunque para ello deba destruir a Goldman y sus hombres.

* * *

—Está aquí, dentro de la astronave. Vivo —dijo el capitán.

—Eso es lo que pienso —asintió Richards.

—¡Busquémosle! —propuso George Yates, decidido a pesar de todo por encima de su miedo.

—¿Y el doctor Hibbings? —preguntó Richards.

—Ha ido a la enfermería para preparar la autopsia de alguno de esos cadáveres —respondió el capitán.

—Bien. ¿A qué esperamos? —exclamó Richards, impaciente—. Lo que hayamos de hacer, hagámoslo cuanto antes.

—Tienes razón —aprobó Goldman—. Registrémoslo todo.

Cada uno de ellos avanzó por un pasillo, desde la parte anterior de la astronave hacia la cola.

Goldman apretaba en su mano izquierda la pistola-láser.

Una por una fue registrando concienzudamente todas las cámaras, hasta aproximarse al reactor central.

De repente, se dejó oír un jadeo próximo.

—¿Quién anda ahí? —gritó, receloso.

Nadie le respondió. Pero podía oír perfectamente un estertor, un gemido, el rumor característico de una lucha.

Corrió a toda velocidad pasillo adelante, torció a la derecha y frenó súbitamente al encontrar a George en tierra.

Se inclinó sobre él.

—¡George, George! —gritó—, ¿Te encuentras bien?

Le ayudó a incorporarse.

El rostro de George estaba gris y en su cuello podían verse las huellas amoratadas de unos dedos.

—Me... me atacó de improviso —jadeó George, con esfuerzo—. Estaba escondido en la sección de generadores eléctricos. Supongo... que intentaba destrozarlos, con el fin de poder pasar desapercibido en la oscuridad.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Huyó. ¡Y se ha llevado mi pistola!

Goldman palideció.

Si, como parecía evidente, Jim Kopen estaba loco, con una pistola-láser en su poder sería peligrosísimo.

La escafandra de George estaba destrozada y el ingeniero respiraba con gran dificultad.

—¡Me estoy ahogando! —gimió.

—Pero...

—¡Me ahogo, capitán! ¡Haga... algo..., por favor...! —balbuceó George, que apenas podía hablar ya.

—Es imposible. No lo comprendo...

Lo comprendió en seguida, sin embargo.

Kopen no había saboteado los generadores eléctricos, sino los motores que surtían de oxígeno a la astronave.

Comprendiéndolo así, Goldman soltó el conducto de sus dos balones e introdujo el extremo en la boca de George.

—¡Respira profundamente! —gritó.

George hinchó sus pulmones de oxígeno y el color volvió lentamente a sus facciones.

Pero Goldman tuvo de arrebatarle el tubo para respirar a su vez, pues él también se ahogaba.

Entonces se oyó el rumor de unos pasos en el pasillo y Bill Richards apareció ante ellos.

—¡Busca una escafandra para George! —gritó el capitán.

Afortunadamente, Richards apenas tardó tres minutos en volver con un nuevo equipo de respiración autónoma para Yates.

—¿Viste a Kopen? —preguntó Goldman, con gran ansiedad.

—Sí. Tenía una pistola en la mano y me vi obligado a disparar contra él —respondió.

—¿Lo… has matado?

—No. Erré el disparo. Pero conseguí desarmar de una patada a Kopen. El me golpeó bestialmente tratando de destrozar mi escafandra. Estaba a punto de conseguirlo, cuando llegó el doctor Hibbings. Es extraño.

—¿Qué es extraño? —preguntó Goldman.

—Hibbings miró fijamente a Kopen y gritó: «¡Detente, Dumenx!» Y Kopen obedeció, me soltó e incluso permitió que recogiera la pistola-láser —declaró Richards, estupefacto.

—Debiste oír mal —dijo el capitán—. Hibbings pronunció «Kopen» y tú entendiste «Dumenx».

—Tengo buen oído, capitán. Hibbings dijo «Dumenx». Pero además…

—¿Qué?

—Acompañé al doctor Hibbings y a Kopen a la enfermería;

temiendo que Kopen se escapara de las manos del médico, si bien es verdad que el copiloto le seguía como un corderito. Hibbings me dijo que podía salir, porque según él, Kopen podía estar contaminado. Abandoné la enfermería. Entonces noté algo sumamente extraño. Mi escafandra se había soltado y advertí que el oxígeno de a bordo estaba muy enrarecido. Volví para advertir a Hibbings, puesto que tanto él como Kopen carecían de escafandras y… ¿qué diréis que vi?

—¡Dilo ya de una maldita vez! —exclamó George, impaciente.

—Kopen y el doctor Hibbings estaban abrazados y se prodigaban las más tiernas caricias —declaró Bill Richards.

Goldman se puso serio.

—No es el momento más apropiado para las bromas .—observó, severo.

Pero Bill insistió.

—No es ninguna broma, capitán. Quedé helado de estupor cuando les sorprendí como acabo de describir, y me sentía tan avergonzado que di media vuelta y escapé sin decirles nada.

George puso una mano sobre mi hombro.

—A Hibbings le ocurre algo raro, capitán, de eso estoy seguro. ¿No ha notado un gran cambio en él? Habla, se mueve, gesticula y anda como… una mujer —afirmó.

Yo mismo había notado aquel amaneramiento en Hibbings, que se había producido ya a bordo de la Falcon-015, de una manera brusca y repentina.

—No podréis convencerme de que Harold Hibbings se haya convertido en un afeminado, en un homosexual —dije, seguro de que el médico de a bordo era un hombre viril, de lo más normal, que incluso tenía esposa y dos hijos pequeños.

—No digo que lo sea —declaró Bill—, pero lo parece.

CAPITULO VII

Volvieron a la Falcon-015 una hora más tarde.

Uno por uno, los cinco hombres —incluido Kopen, que se revolvía frenéticamente, tratando de escapar— pasaron por la cámara de esterilización, para prevenir cualquier contaminación.

Sandra aguardaba impaciente en la cabina de mando.

—¿Qué… qué pasó? —preguntó, muy pálida.

Goldman no había enviado ningún mensaje a la astronave, pero Sandra adivinaba con clarividencia muy femenina lo ocurrido.

—No encontramos más que un superviviente, el copiloto Jim Kopen —declaró el capitán, con profundo pesar.

—¿Está… loco? —preguntó Bob Barrett, muy inquieto.

—No puedo negarlo: Jim ha perdido la razón. Se debió quedar solo, rodeado de cadáveres. Y ya podéis imaginar cómo ha conseguido sobrevivir hasta ahora.

Sandra ocultó el rostro entre las manos y dejó escapar un sollozo.

—¡Dios mío, Dios mío!

Goldman oprimió sus hombros con ternura y dijo:

—Vamos, cálmate. Hemos hecho cuanto debíamos… Incluso hemos forzado la marcha para llegar cuanto antes a este horrible planeta. Ahora sólo nos queda reparar la Falcon-009 y enterrar a los muertos. En el estado en que se encuentran los cadáveres, lo mejor será sepultarlos en Hurx para evitar emociones innecesarias a sus familiares en la Tierra.

Sandra fue calmándose poco a poco.

—Lo siento. ¿Necesitas algo? —preguntó animosa.

—Sí. Avisa a Katie Adams. Dile que vaya a ayudar al doctor Hibbings. El médico necesitará ayuda —pidió el capitán.

Cuando Sandra abandonó la cabina, Goldman se volvió hacia su copiloto.

—No he querido decírselo a Sandra, pero Kopen se muere. He tratado de interrogarle, de profundizar de alguna manera en el enigma que rodea la muerte de catorce de los quince tripulantes de la Falcon-009. Pero Kopen no respondió nada. Sólo me miraba fijamente, con expresión espantada, como si estuviera contemplando a la muerte.

Bob se estremeció.

—Noto como un fluido maligno que impregna el ambiente, Mark. Creo que lo mejor es que apresuremos nuestra misión y emprendamos cuanto antes el regreso a la Tierra —dijo,

—Eso es lo que pretendo —respondió el capitán—. Esta misma tarde enterraremos los cadáveres, esterilizaremos la Falcon-009 y los ingenieros buscarán la avería y se pondrán a trabajar. En cuanto la nave esté lista, despegaremos de Hurx. Espero que no surjan más incidentes.

Por desgracia, Mark Goldman se equivocaba.

En aquel momento, Katie Adams penetró en la espaciosa cabina de mando.

—Jim Kopen acaba de morir —informó.

* * *

Lo adiviné en cuanto vi a Dumenx: el cuerpo en que vivía tardaría poco en perecer.

En cuanto le tuve junto a mí, le abracé y le besé con infinito amor.

—¡Dumenx, Dumenx, amor mío! —gemí, ebria de gozo.

—¡Ooxah, al fin! —exclamó, abrazándome.

Ni mi cuerpo era propiamente mío, ni el de Dumenx le pertenecía.

El vivía en el organismo de Jim Kopen y yo sobrevivía en el del doctor Harold Hibbings.

Entonces, por vez primera después de tantos años, comprendi lo absurdo de nuestras caricias, de nuestra situación entera.

Dumenx se separó de mí en seguida.

Me disgusté.

Pero en seguida comprendí su postura. Dumenx era un hombre y entre

sus brazos... estaba el cuerpo de otro hombre, el robusto y atlètico del doctor Hibbings.

¿Qué importaba que yo viviese en él? Dumenx ya no tenía mi cuerpo, el cuerpo de una mujer bella, el de su compañera y esposa, sino el del doctor Hibbings.

—Ooxah, Kopen va a morir, lo presiento —murmuró, roncamente.

—¡No puedo permitir que mueras, querido mío! —grité, exaltada—. ¡Debes abandonar el cuerpo de Jim Kopen!

—Si. Pero ¿cómo?

—Yo lo arreglaré —afirmé, segura de mí misma—. Quédate aquí. Iré a hablar con el capitán Goldman.

Cuando abandoné la enfermería, Dumenx se agitaba frenéticamente dentro del cuerpo de Jim Kopen. ¿O era al revés?

Tropecé en el pasillo con el capitán Goldman, Yates y Richards.

Ellos me miraron con una extraña expresión, pero yo fui directamente a lo que me interesaba.

—Kopen se muere, capitan. Es preciso que volvamos cuanto antes a la Falcon-015. Tal vez todavía estemos a tiempo de hacer algo por él —declaré.

—Me disponía a preguntarle por el resultado de la autopsia, doctor Hibbings —respondió Goldman, con raro acento.

—Ah, la autopsia. He aclarado ya ese asunto. Según he deducido, las cámaras frigoríficas de esta nave debieron sufrir una avería y sus alimentos congelados se corrompieron. Oach Evans y el resto de la tripulación se vieron obligados a consumir los alimentos y la mayoría fallecieron. Los demás murieron al convertirse en caníbales: ingirieron la carne de sus cantaradas infectada de botulinas... Pero ahora lo que interesa es trasladar a Kopen a nuestra nave. Allí disponemos de todo lo necesario para su tratamiento.

Goldman dudó un instante.

Pero finalmente acordó:

—Está bien. Volvamos a nuestra nave.

George, Bill y el capitán me miraron con expresión incrédula.

—Dígame, Hibbings, ¿cómo consigue sobrevivir en esta atmósfera tan pobre en oxígeno? Usted se desprendió de su escafandra cuando llegamos a esta nave. Según Richards, también Kopen parecía respirar normalmente este aire sumamente enrarecido.

Me observaban con desconfianza, recelosos.

—Kopen llegó a la enfermería medio asfixiado —reaccioné con gran agilidad mental—. Pero se recuperó aquí, poco después. ¿No sabe, capitán, que la enfermería cuenta con un equipo auxiliar de oxígeno?

Noté que Goldman se serenaba.

—Es cierto —dijo-—. Lo había olvidado. Eso lo explica todo.

Poco después abandonábamos la Falcon-009.

En el Maggot-Car, Jim Kopen se agitaba violentamente tratando de escapar.

—Calma, querido, calma —envié mi mensaje a Dumenx—. No fuerces la resistencia de Kopen o... morirá. ¡Y entonces...!

Al fin llegamos a la Falcon-015.

Kopen entraba en agonía.

Bill Richards y George Yates me han ayudado a llevarlo hasta la enfermería. De mala gana, es ostensible. Y se han marchado en cuanto les dije que ya no los necesitaba.

Inyecté un cardiotònico a Kopen.

— Un pequeño esfuerzo, amado mío —pedí a Dumenx—. ¡DEBO BUSCAR A ALGUIEN EN QUIEN PUEDAS VIVIR!

El capitán Goldman me había prometido enviarme alguna ayuda. Y al fin llegó.

Se trataba de Katie Adams, una jovencita de veintidós años, rubia y bella, jefe de intendencia, que hace años realizó un curso de enfermera.

—Me envía el capitán —dijo—. Estoy dispuesta a ayudarle, doctor Hibbings.

La miré.

Era un cuerpo joven, sano y bello. ¿Querría Dumenx penetrar en él?

—Muy bien —respondí—. Entre en esa habitación y prepare el cardio-

reanimador.

En cuanto Katie desapareció, yo me incliné sobre Kopen.

—¿Estás preparado, Dumenx? ¡Debes concentrarte para abandonar este cuerpo e instalarte en el de Katie Adams! —exclamé.

—Pero... —los labios de Kopen se movían con torpeza—. ¡Es una mujer!

—¡Dumenx, Dumenx! ¡Yo estoy en el cuerpo de un hombre! ¡No es precisamente lo que hubiera deseado, pero no tenía elección! ¡Y eso mismo ocurre ahora contigo... si no quieres morir!

—Está bien —pronunciaron los labios de Kopen—. Estoy dispuesto.

Llamé inmediatamente a Katie.

—Vigílelo —ordené, señalando el cuerpo de Kopen—. No le pierda de vista. Mírele fijamente a los ojos. Voy a traer el reanimador.

Katie obedeció. Por mi parte, cerré la puerta que daba al pasillo y aguardé.

Súbitamente se produjo el azulado fulgor fosforescente. Katie se estremeció un momento y luego se volvió hacia mí.

—¡Ooxah! —gritó—. ¡Estoy vivo, sigo viviendo!

Me abrazó frenéticamente y me besó en los labios.

Yo me despedí de sus brazos inmediatamente. El contacto con sus labios me repugnaba.

—¡Dumenx, oh, Dumenx! ¡Esto es horrible! —gemí.

—¿Por qué? Ahora, al menos, estamos en dos cuerpos de sexos diferentes... ¿Por qué esa angustia que veo en tus ojos?

Dentro del cuerpo del doctor Hibbings retrocedí dos pasos.

—No lo sé —respondí, confusa—. Pero me desagrada profundamente abrazar a una mujer.

—Es lo mismo que me ocurría a mí cuando estaba en el cuerpo de Jim Kopen. Pero ¿qué importa eso? Tu cuerpo es de hombre, el mío de mujer... ¿Es que hemos elegido el cuerpo que nos correspondía? ¡Claro que no, queridísima Ooxah! Pero nosotros no tenemos cuerpo. Bastante tenemos con sobrevivir —exclamó Dumenx a través de los labios de la rubia Katie

Adams, muy excitado.

Me cubrí el rostro con las manos, absolutamente descentrada.

Luego, después de reflexionar, acepté las cosas tal como eran.

—Ve a la cabina de mando, Dumenx, y di al capitán Goldman que Jim Kopen ha muerto —indiqué.

—¿Yo? ¿Por qué precisamente yo?

—Tu cuerpo es el de la enfermera provisional Adams. Ve y cumple lo que acabo de indicarte —insistí.

Al fin, Dumenx obedeció.

Era evidente que no se sentía a gusto en el cuerpo de Katie Adams, como tampoco me siento yo bajo la apariencia carnal de Harold Hibbings.

Miré a Kopen.

Desde luego, estaba muerto.

Y sus facciones tensas, crispadas, deformadas por la locura, se habían suavizado e incluso parecía insinuarse una leve sonrisa en sus labios.

Pero yo debía pensar en algo diferente.

Era preciso pensar en Dumenx, en mí, y en los veinte seres que aguardaban nuestra ayuda desde años atrás en el interior de nuestra gran astronave impotente.

Para apoderarnos de las dos naves terrestres, no veo otra solución que asesinar a todos sus tripulantes.

Es horrible, lo reconozco.

Pero Dumenx y yo hemos estado ansiando durante más de doscientos años regresar a nuestro querido planeta, Hontar-Rha.

Para ello, necesitamos las astronaves terrestres.

Y estoy segura de que ellos no nos las entregarían de buen grado.

CAPITULO VIII

A las seis de la tarde, hora terrestre —apenas el mediodía del inmenso planeta Hurx—, ocho personas abandonaron la astronave Falcon-015 a bordo de los dos pequeños vehículos a orugas.

Viajaban en ellos el capitán Goldman, los ingenieros Yates, Richards, Vaine y Lorrie, la operadora de comunicaciones Sandra Goddard —Mark se había visto obligado a incluirla en el corto viaje-— y los técnicos en energía nuclear Percy Huertas y Peggy Craig.

Se dirigían a la Falcon-009, con el fin de extraer de la astronave los cadáveres de sus tripulantes, que pensaban sepultar en el confín de la planicie llamada Hell Plane.

Goldman y los cuatro ingenieros penetraron en la astronave, mientras las dos mujeres y Percy Huertas aguardaban en los vehículos.

A los pocos minutos, Sandra comenzó a arrepentirse de haber pedido al capitán Goldman que la incluyera en la expedición.

A pesar de sus trajes termostables, la temperatura en el exterior era infernal, casi insoportable, y Sandra sudaba copiosamente bajo su equipo autónomo.

Pero aquello era simple incomodidad.

Sandra, en realidad, estaba aterrada, contemplando las convulsiones de la corteza del planeta, que se sucedían sin cesar.

En la lejanía, las dos mujeres y el hombre contemplaban un espectáculo incomparable y terrorífico.

Cordilleras humeantes surgían del seno de Hurx y tajos insondables dividían a menudo su ardiente superficie.

Explosiones sordas llegaban a sus oídos. A tres, a cinco kilómetros, brotaba de repente el líquido magma, que ascendía llameante hacia las alturas y caía como una lluvia de fuego sobre la agitada orografía de Hurx.

Paradójicamente, la planicie llamada Llano del Infierno era la zona menos afectada por los movimientos sísmicos.

Cierto que su superficie humeaba y despedía aquí y allá pestíferas fumarolas de gases amarillentos, pero el suelo apenas se agitaba en

una vibración casi imperceptible.

—Jamás había contemplado nada semejante —pronunció a través del intercomunicador la morena Peggy Craig.

—¡Es..., es horrible! —murmuró Sandra, despavorida.

—¡Calma, chicas! —dijo Percy Huertas, falsamente impávido—. Esto es, sencillamente, maravilloso. ¡Sólo siento no haber traído mi tomavistas para filmarlo...! Una escena así valdría un millón de dólares en la Tierra.

Apenas había acabado de hablar, cuando el suelo tembló violentamente y una gran deflagración atronó sus oídos.

Paralizados por el espanto, vieron surgir la gigantesca llamarada ígnea del fondo de la tierra.

Partículas incandescentes de magma e incluso metales en estado líquido cayeron sobre el fuselaje de brillante hitrion de la Falcon-009.

Sandra gritó al ver descender aquellas materias humeantes sobre sus cabezas.

Por fortuna, el Maggot-Car, en cuyo interior se encontraban, se hallaba detenido bajo el sólido fuselaje de la astronave y aunque el fuego brotaba por doquier, ninguna partícula cayó directamente sobre el vehículo.

A poco menos de trescientos metros, la superficie de Hell Plane se elevó súbitamente y colosales moles rocosas se desgajaron como frágiles láminas de hielo.

Percy, Sandra y Peggy Craig habían perdido toda capacidad de reacción.

Con ojos desorbitados por el pánico contemplaban la escena apocalíptica conteniendo incluso la respiración.

Al fin, Peggy dejó escapar un alarido.

—¡Allí, allí! —gritó, posesa del diablo—. ¡Allí!

Por encima de las rocas desplazadas por el potente sismo, Sandra vio aparecer un cuerpo alargado, ennegrecido, humeante.

«¡Un monstruo de los abismos!», pensó, muerta de miedo.

La densa humareda impedía ver claramente aquella... cosa.

La superficie de Hurx despedía fuego y los gases inflamables que brotaban de sus entrañas producían de cuando en cuando potentes explosiones que conmovían su atmósfera.

—¿Qué…, qué es eso? —balbució Peggy.

Una violentísima tormenta eléctrica descargó en aquel instante sobre Hell Plane.

Primero se vieron las exhalaciones azuladas cruzando la densa atmósfera e inmediatamente un verdadero diluvio se abatió sobre la calcinada y humeante tierra.

Torrentes de vapor surgieron de las rocas y del magma incandescente. Nubes de intenso color rojo lo cubrieron todo por unos instantes.

Después un vendaval sopló fuerte y arrastró el vapor y alejó las negras nubes tormentosas.

«Si el fin del mundo ha de llegar algún día, esto es lo más parecido», pensó Sandra, dominada por el miedo,

Pero no había llegado el momento final.

La tierra se había calmado y el viento soplaba fuerte, impulsando lejos los gases venenosos.

A doscientos cincuenta metros de la Falcon-009 se había alzado aquella montaña negruzca.

Y de entre la lava húmeda se destacaba la larga silueta fusiforme.

—No… parece… un monstruo —murmuró Sandra, recuperado el aliento.

—Yo diría que es… ¡Sí, una especie de gigantesca astronave! —exclamó Percy, inquieto.

Peggy se echó a reír de forma histérica.

—Pero ¡qué tontería! ¿Cómo podría surgir una astronave del fondo de la tierra? —exclamó Percy.

En aquel momento, dos nuevos vehículos a orugas fueron descendidos de la Falcon-009.

Catorce sarcófagos de duraluminio fueron depositados sobre aquellos dos Maggot-Cars, tras lo cual, dos de los ingenieros

descendieron y cargaron igualmente el de Jim Kopen.

Sandra Goddard descendió de su vehículo y corrió a unirse a Mark Goldman.

El capitán la tomó en sus brazos y percibió el temblor de la mujer.

—¡Mark, Mark! ¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Creíamos que íbamos a morir aplastados por esas moles rocosas! —gritó ella.

—Calma, Sandra —respondió Goldman—. Hemos contemplado esa convulsión geológica desde la cabina de mando de esta astronave, incluso hemos visto ese extraño objeto que emergió de las entrañas de la tierra. Procura dominarte, por favor. Ahora hemos de enterrar a nuestros amigos.

—Pero ¡Mark! Si nos apartamos de nuestra nave, podría producirse un nuevo sismo y sepultarnos a todos —respondió ella, convulsa.

Goldman comprendió que las emociones experimentadas por Sandra eran excesivas para una mujer que realizaba su primer viaje espacial lejos del sistema solar.

—No existe tal peligro ya, pequeña —pronunció con su acento más convincente—. Hemos seguido el movimiento telúrico con el sismógrafo electrónico y comprobado que se aleja de esta zona hacia el este de Hurx. Puedes estar tranquila, por ahora no nos tragará la tierra.

Sandra se serenó un tanto.

Goldman siempre conseguía llevar la paz y la confianza a su espíritu. Y por eso buscaba constantemente su compañía, su proximidad.

—Ahora, vamos a enterrar a los muertos —añadió el capitán—. Mañana examinaremos esa nave infernal.

Poco después, los cuatro carros eléctricos se ponían en marcha hacia el confín de la llanura.

Goldman había decidido no cavar sepultura alguna para enterrar aquellos quince cadáveres.

¿Para qué, si existían docenas de profundos tajos en el seno de la tierra?

Los vehículos se detuvieron a unos quinientos metros de distancia.

Goldman escogió una grieta de unos doce metros ele profundidad y los sarcófagos metálicos fueron descendidos, uno a uno, hasta su ardiente fondo.

Los ocho tripulantes de la Falcon-015 se aproximaron a la improvisada sepultura y escucharon las trémulas y emocionadas palabras del capitán.

—Para vosotros, que llegasteis al final de vuestra existencia lejos de vuestros seres queridos, pedimos al Todopoderoso, descanso eterno en esta calcinada tierra de Hurx. Que protegidos por la misericordia de Dios omnipotente, encontréis la paz...

Los carros eléctricos, manejados por los ingenieros, amontonaron sobre la grieta grandes rocas todavía candentes.

Y George Yates esculpió con su pistola-láser- una gran cruz sobre el peñasco que tapaba los cadáveres.

Antes de ocupar un lugar en uno de los vehículos, Mark Goldman dirigió su mirada a la gigantesca silueta metálica de color negruzco que emergía de entre las tobas de la montaña recién nacida.

—Ya veremos... mañana. —se dijo.

Pero se sentía íntimamente inquieto.

Los Maggot-Cars distribuyeron los pasajeros poco después.

Percy Huertas, Sandra Goddard, Peggy Craig y el capitán Goldman, volvieron a la Falcon-015, mientras los cuatro ingenieros se dirigían a la 009 para revisar aquella astronave y reparar sus averías.

Pero una hora después, la imagen de Bill Richards aparecía en el visor de televisión del capitán Goldman.

—¿Novedades, Bill? —preguntó Mark.

—Una, sola y completamente absurda —respondió el ingeniero.— Explícate, por favor.

—Hay poco que explicar. Hemos revisado los circuitos del reactor y los testigos demuestran que la actividad no se ha interrumpido.

Mark saltó en su asiento.

—¡Pero eso significa...!

—Que no existía tal avería. Todos los sistemas de energía

funcionan perfectamente a bordo. La Falcon-009 está lista para despegar —concretó Bill Richards.

—¡Esperad! Voy para allá. Llevaré conmigo a Warren York. Quiero comprobar por mí mismo que lo que acabas de decir es cierto —respondió Goldman.

CAPITULO IX

Cuando se abrió la escotilla de la cámara de descompresión, Mark Goldman advirtió que la compuerta del piso estaba abierta.

—¿Quién la ha dejado así? —preguntó.

Pero Warren York se encogió de hombros.

—Lo ignoro, capitán —respondió.

—Está bien, bajemos —decidió—. Lo comprobaremos a la vuelta.

Pero uno de los dos Maggot-Cars había desaparecido y Goldman comenzó a sentirse preocupado.

Inmediatamente se comunicó con su segundo, el teniente Bob Barrett.

—Quiero saber quién ha utilizado uno de los carros eléctricos —exigió.

—Espera un momento, Mark. Preguntaré al jefe de servicios Betchum.

Barrett volvió a comunicar con Goldman tres minutos después.

—Según Betchum, nadie ha abandonado la astronave después de que regresarais de enterrar a nuestros compañeros de la Falcon-009. Sólo están fuera los ingenieros Yates, Richards, Lorrie y Vaine —informó.

Goldman comenzó a impacientarse.

—Bob, yo mismo cerré la compuerta cuando regresamos de esa ceremonia fúnebre. Y abajo quedaron dos vehículos, los mismos que utilizamos para volver a la nave. Los ingenieros se llevaron los otros dos a la Falcon-009. ¿Cómo se explica todo esto? —exclamó.

—No lo sé, Mark. ¿Quieres que haga algo?

—Sí. Escúchame con atención: somos dieciocho personas a bordo de la Falcon-015, tras la muerte del coronel Brown y la desaparición de la enfermera Handford. Ahora mismo están fuera cuatro ingenieros, Warren York y yo mismo. Deben quedar doce personas a bordo. ¡Compruébalo!

—De acuerdo, Mark —respondió Barrett—. Te informaré en cuanto haya realizado la comprobación.

Goldman pulsó el excitador de señales electrónico y la compuerta se cerró sin un chirrido.

Warren York, que estaba ya en el puesto del conductor a bordo del carro eléctrico, arrancó en seguida.

A cincuenta metros de la Falcon-009, Goldman comprobó que bajo su fuselaje se encontraban tres vehículos.

—Un avance más —se dijo, colérico—. Estos pequeños Maggot-Cars poseen la virtud de trasladarse por sí solos, sin conductor.

Porque, mientras no se probase lo contrario, el carro eléctrico número Dos se había trasladado por sí mismo desde una a otra nave.

York detuvo el vehículo bajo el largo fuselaje de la astronave y deslizó hacia atrás la cubierta transparente para permitir bajar al capitán Goldman.

Luego, York descendió también.

Goldman estaba enviando su mensaje de alerta a los ingenieros, cuando repentinamente brilló un intenso fulgor azulado que iluminó los ojos de Warren York.

El subjefe de servicios cayó al suelo y se debatió de forma convulsiva.

Goldman, aterrado, se inclinó sobre él.

—¡Warren, Warren! ¿Qué es lo que ha ocurrido? —gritó.

York se desasió de sus manos salvajemente y se puso en pie de un salto espectacular.

Luego, sin que Goldman tuviera tiempo siquiera para reaccionar, York se abalanzó sobre él.

Sus manos, convertidas en zarpas, aferraron la culata de su pistola-láser.

—¡Por todos los diablos de Hurx, Warren! —exclamó Goldman—. ¿Qué es lo que te propones exactamente?

Pero York tiró de su cinturón de nylon trenzado y lo desgajó como si fuera papel mojado.

Y con el cinturón se fue la temible pistola-láser.

En menos de un segundo, el capitán comprendió la verdad: *Warren York se disponía a destruirle.*

Goldman rodó por el suelo en el momento en que York se disponía a disparar.

Un rayo láser trazó una profunda marca en el piso rocoso, peligrosamente cerca del capitán.

Se puso en pie y saltó desesperadamente a cubierto de los carros eléctricos.

En aquel momento, desde la Falcon-015 se oyó la voz de Bob Barrett:

—¡Atención, atención, capitán! Sabemos ya el nombre de la persona que falta a bordo de nuestra astronave: se trata de Katie Adams. ¿Me escucha, capitán Goldman?

—Sí —susurró Mark—. Pero ahora necesito tu ayuda urgentemente, Bob. Me encuentro detrás de uno de los carros y Warren York se dispone a matarme.

—¡Capitán! ¿Está seguro de lo que dice?

—Sólo tienes que dirigir hacia aquí una de las cámaras de televisión exteriores y lo comprobarás por tus propios ojos —respondió Goldman.

Calló.

Warren York estaba contorneando el Maggot-Car y le buscaba ansiosamente.

—¡Le veo! —sonó la voz de Barrett—. ¿Qué... qué puedo hacer, Mark?

Goldman tragó saliva.

Vientre a tierra, reptó silenciosamente hasta ocultarse entre las orugas del carro eléctrico.

—Siento tener que darte ésta orden, Bob, pero no tengo otra alternativa —respondió, al cabo—. Apunta con el cañón de proa a York.

—Pero..., ¡no es posible! ¡También te alcanzaría a ti!

—Haz lo que te digo. Cuando tengas la silueta de York en la mira, aguarda un momento. ¡Y en cuanto yo salte lejos del carro, dispara! ¡Y procura no errar la puntería! ¿Estás listo?

—Listo, capitán —murmuró Bob Barret, con voz enronquecida.

Warren York se encontraba a cinco pasos de distancia y contemplaba el carro eléctrico sin pestañear.

Entonces, Goldman tomó un pedrusco y lo lanzó con fuerza a su espalda.

York se volvió y disparó su pistola.

Aprovechando su distracción, Goldman rodó bajo el vehículo, se incorporó fuera y corrió cuanto pudo en dirección contraria.

De la Falcon-015 brotó una exhalación anaranjada que envolvió a Warren York durante unas décimas de segundo.

Luego su silueta se difuminó y una nubecilla de polvo se disgregó en el aire y cayó a tierra.

York acababa de morir, desintegrado.

CAPITULO X

Dumenx ha escapado.

Sólo le guía una idea: liberar a nuestros compañeros confinados en nuestra astronave desde hace tantos años.

Imagino su emoción al penetrar en la nave que ha permanecido durante todo este tiempo oculta en las ardientes entrañas de Hurx.

Tampoco nuestros compañeros tienen cuerpo. Todo su ser se limita a un cerebro, disgregado en sus elementos, en forma de fluido cósmico.

Todavía recuerdo el gran esfuerzo que hubo de realizar Dumenx para convencerles de que debían liberarse de sus cuerpos.

—Vuestros cuerpos necesitan constantemente alimentos para sobrevivir. Y nuestros víveres se terminaron hace muchos años. Pero nuestras mentes, aisladas en un medio conveniente, no necesitan alimentarse. Por el contrario, pueden conservarse indefinidamente —insistía.

—¿Cómo sería posible una maravilla semejante? —preguntó uno de nuestros compañeros.

—Responderé claramente a esa pregunta —dijo Dumenx—. Nuestro cerebro está compuesto por distintos elementos, los cuales pueden aislarse tan fácilmente como el agua. Es todo lo contrario de una síntesis. Pero hay que realizar esta función en mitad de un campo magnético poderoso, de forma que los elementos desecados y aislados permanezcan unidos formando un todo homogéneo. Tenemos a bordo poderosas y avanzadas máquinas que nos ayudarán a convertir nuestros cerebros en potente fluido cósmico.

—¿Quieres decir, pues, que nuestros cerebros se convertirán en una fuerza latente, inmortal?

—Sí, mientras sus elementos permanezcan reunidos magnéticamente.

—Dumenx, ¿podrías asegurar tú que una operación semejante tendría éxito? —preguntó el ayudante Xabay.

—Desde luego. He realizado ya la primera experiencia. Pero, por favor, acompañadme al laboratorio —pidió Dumenx.

Todos le siguieron, muy excitados.

En el laboratorio, en el seno de una brillante máquina esferoidal, todos pudieron ver la fina sierpe azulada que ondulaba en su interior.

—¿Recordáis a mi segundo ayudante, Zarka? —preguntó Dumenx.

—Sí. Enfermó y murió —respondieron algunos.

—Esa finísima estela azul es su cerebro. Antes de que muriera, yo vacié su cráneo y sometí su mente a la dispersión atómica controlada. Como afirmé, el cerebro de Zarka puede conservarse indefinidamente así.

—¿Cómo sabremos que eso es cierto? —preguntó el anciano Baa.

Por toda respuesta, Dumenx manipuló en la esfera, se retiró y preguntó:

—¿Estás vivo o muerto, querido Zarka?

—Mi cuerpo ha muerto, pero mi mente existe, gracias a ti, poderoso Dumenx. No puedo veros, pero sé cuántas personas están aquí —pronunció la voz de Zarka, ante los maravillados circunstantes—. Ya sólo quedáis ochenta y nueve de los nuestros. Los más próximos a mí son Weaa, Xabay, Baa, Bore, Tolech, Ptee, Hoxee...

—¡Es cierto, Dumenx no ha mentido! —gritó Xabay. Y se apresuró a ofrecerse—. Quiero ser el primero en someterse a tus deseos, Dumenx.

Pero el anciano Baa puso una mano en el esquelético hombro del ayudante Xabay.

—¿Por qué esa precipitación, amigo mío? El jefe Dumenx nos ha demostrado su talento y su capacidad para dar vida eterna a nuestras mentes. Pero reflexionad, ¿qué es una mente sin un cuerpo en que aposentarse y vivir realmente? Lo que Dumenx nos propone es sólo una vida a medias...

Dumenx se aproximó al anciano.

—Eres prudente, anciano Baa. Pero nuestro fin en sí no reside en hacer vivir a nuestras mentes por toda una eternidad —afirmó.

—¿Cuál es ese fin, entonces? —preguntó Baa, receloso.

—Evitar nuestra extinción, hacer sobrevivir a nuestras mentes hasta que otros seres humanos desciendan sobre Hurx. Entonces nuestros cerebros abandonarán sus receptáculos y penetrarán en los cuerpos de esos seres hasta conseguir una simbiosis perfecta (1[4]*). Sólo entonces podremos abandonar este maldito Hurx y volver a nuestro querido Hontar-*

Rha —respondió el jefe Dumenx.

Baa se agitó, muy inquieto.

—Me parece tan maravilloso, que dudo mucho de que sea posible.— exclamó, reflexivo.

—Comprendo tu incredulidad, Baa. Pero estoy dispuesto a demostraros que cuanto acabo de afirmar puede ser perfectamente posible —respondió Dumenx. Y gritó—: ¡Acércate, Kirill!

Un hombrecillo pequeño, arrugado y torpe se encontraba en un rincón.

Sus ojos carecían de brillo y sus movimientos eran lentos y absurdos.

Todos lo sabían: Kirill estaba loco.

En realidad, en aquel pobre ser sólo quedaba un hálito de vida. Kirill estaba destinado a ser el primero en servir de alimento a sus compañeros.

—Traedlo aquí —rogó Dumenx, viendo que el loco no obedecía.

Entre cuatro hombres lo trajeron en volandas a la presencia de Dumenx.

Entonces, éste manipuló en la esfera plateada y preguntó en voz alta :

—¿Te gustaría penetrar en el cuerpo de Kirill, Zarka?

—Haré lo que tú ordenes, Dumenx —respondió la vibrante voz de Zarka.

—En tal caso, ¡abandona la esfera e introdúcete en él!

Kirill había abierto los ojos.

Súbitamente se produjo un resplandor azulado y todos contemplaron aquella cinta luminosa que ondulaba en el aire y penetraba en las retinas del pobre loco.

Inmediatamente, Kirill sufrió una violenta convulsión.

Pasados unos segundos, Kirill se irguió y todo su ser pareció transfigurarse.

Su espalda encorvada era ahora recta, sus ojos tenían el brillo de la inteligencia y la razón y sus movimientos eran sueltos y fáciles.

—Gracias, oh poderoso Dumenx —pronunciaron sus labios—. Viviré por algún tiempo en el cuerpo de Kirill. Hasta que tú decidas devolverme a

mi anterior estado.

Expresiones de intenso asombro, brotaron de los labios de todos los presentes.

Dumenx les miró en silencio y luego dijo:

—Habéis contemplado el prodigio. Sabéis que, en nuestro estado actual, terminaríamos muriendo uno tras otro hasta desaparecer. Nuestra única esperanza está en sometemos a la transfiguración que os he propuesto. ¿Qué decidís, entonces?

—Me pongo incondicionalmente en tus manos, Dumenx —respondió el anciano Baa.

Todos los demás se manifestaron en el mismo sentido.

* * *

Durante muchos años, permanecimos en estado de latencia.

Dumenx ocupaba una de aquellas esferas plateadas a mi lado. Su mente poseía vigor suficiente para excitar los sistemas electrónicos de nuestra nave, a la que aún restaba un hálito de energía.

Podía liberarse y liberarnos por su propia voluntad.

Finalmente, ocho años atrás, llegó a Hurx la astronave Enterprise-002, de la que era comandante Douglas Brown y copiloto Andy Brooks.

Dumenx se alertó.

—Ha llegado nuestra hora —pensó. Y abandonó su confinamiento. Luego me liberó a mí.

—Ooxah —dijo—. ¡Son humanos! Dos de ellos vienen hacia nuestra nave en un pequeño vehículo.

—Permíteles la entrada —respondí, muy excitada.

Poco después, el comandante Brown y el teniente Brooks, penetraban en la astronave.

Quedaron paralizados cuando vieron flotar ante ellos las dos finas serpientes azuladas.

Inmediatamente, Dumenx penetró en el cerebro del teniente Brooks y yo me introduje en el del comandante Brown.

Nuestra decisión a partir de entonces sólo fue una: permitír que nuestros compañeros se aposentasen en los cuerpos de los restantes tripulantes de la Enterprise-002.

Pero sucedió algo que lo impidió. En cuanto penetramos en la astronave terrestre recibimos una comunicación de la nave Enterprise-004, en ruta hacia la Tierra, procedente del asteroide Raw.

—¿Avería, comandante Brown? Le habla el capitán McCall. Vamos a descender sobre Hurx para auxiliarles.

Pero Dumenx se apresuró a responder :

—Nuestra pequeña avería está solucionada ya, capitán McCall. Vamos a despegar hacia Raw —respondió.

La Enterprise-004 no reemprendió su viaje hacia la Tierra hasta que nuestra nave ascendió y se alejó hacia Raw... ¡nuestros planes habían sufrido una desgraciada alteración!

En Raw, el cuerpo del teniente Brooks enfermó y el coronel Bougard, jefe de la base de aprovisionamiento de hitrion, decidió que quedase hospitalizado en el asteroide.

Por mi parte yo, dentro de Douglas Brown, no tuve otra opción que emprender el regreso a la Tierra, con el cargamento de hitrion a bordo de la Enterprise-004.

Brown fue apartado del servicio activo al finalizar el viaje. Era demasiado viejo para seguir comandando una de las astronaves terrestres.

Así fue cómo Dumenx y yo permanecimos separados durante más de ocho años.

Tres años después, el teniente Brooks murió en Raw, tras una larguísima y penosa enfermedad. Por fortuna, Dumenx pudo aposentarse en el cuerpo del coronel Bougard, en el que vivió hasta que este falleció años después.

Dumenx se introdujo entonces en el cuerpo del hombre que tenía más cerca: el del copiloto de la Falcon-009, Jim Kopen.

De esta forma consiguió viajar de nuevo a Hurx. Y poco después, yo hacía otro tanto, después de convencer al general Davidson de que podía ser útil como asesor del capitán Goldman.

He notado que Dumenx está muy preocupado. Cuando le pregunté la razón, respondió :

—Algo está fallando, querida Ooxah. No hemos conseguido la simbiosis con la persona en cuyo cuerpo nos aposentamos. Y es ello precisamente lo que produce la muerte prematura de las personas en las cuales vivimos…

—¿Y qué importa? —grité entonces, colérica—. Sólo debemos preocuparnos de abandonar sus cuerpos antes de que mueran.

Pero Dumenx volvió la cabeza, confuso.

—Me he equivocado, Ooxah. La simbiosis no es posible entre las mentes. ¿Qué ocurrirá cuando estemos de nuevo en Hontar-Rha…? Ya puedes imaginártelo : cuando los cuerpos en los que vivimos enfermen, deberemos abandonarlos y penetrar en los de nuestros semejantes. Ellos morirán constantemente y nosotros viviremos por toda una eternidad… a costa de su muerte —explicó, pesaroso.

Las dudas de Dumenx son peligrosas, lo sé. Son peligrosas para nuestros compañeros que esperan su liberación, para él mismo… Y para mí.

—Sigamos adelante con nuestro plan, amado Dumenx —le dije—. Cuando estemos en Hontar-Rha, ¿quién podría asegurar que no hallaríamos una solución a nuestro problema?

Dumenx se mostró escéptico. Pero sutilmente, yo logré convencerlo de que había que seguir adelante.

Dumenx ha abandonado la Falcon-015 y se dirige a nuestra astronave.

Va a liberar a cuatro de nuestros compañeros para que se introduzcan en los cuatro ingenieros que tratan de reparar la Falcon-009.

En cuanto lo hayan conseguido, contaremos con su ayuda para liberar a los demás y hacernos con el control absoluto de las dos naves.

CAPITULO XI

—¡Mark, Mark! ¿Te encuentras bien? ¡Responde!

Goldman se irguió, espantado.

Sus ojos estaban húmedos de lágrimas porque... Warren York, un muchacho joven y lleno de vida, acababa de morir desintegrado.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó—. ¡Todo esto no es sino una locura!

—¡Mark! ¿me escuchas? —seguía resonando la voz de Barrett.

—Sí, te escucho —respondió, desesperado—. Te felicito, Bob. Excelente puntería... para matar a uno de nuestros amigos.

—No está bien que te atormentes, Mark. ¡Por amor de Dios, mantente sereno! Reflexiona: ¡de ti dependemos todos! —exclamó Bob—. Sé razonable, recuerda lo que te dije: el ambiente de Hurx es maligno. Si querías una prueba, la tienes en Warren York... enloqueció de repente, quiso matarte.

Goldman aspiró profundamente el oxígeno que fluía de sus balones y trató de sobreponerse a sus emociones.

—Vi algo extraño, inconcebible, Bob. Una luz azulada surgió de no sé dónde y penetró en Warren a través de sus ojos. Escúchame, Bob: creo que algo terrible, monstruoso y desconocido nos amenaza. Reflexionemos...

—Sandra quiere hablar contigo, Mark.

—Adelante. La escucho.

—¿Mark? No me atreví a hablarte antes de ello, porque temía que me tomases por loca —dijo Sandra.

—Di lo que sea —ordenó el capitán.

—Se trata del doctor Hibbings y de Katie Adams. Me sentía mal cuando volvimos de enterrar los cadáveres y decidí pedir algún remedio al doctor Hibbings no estaba en la enfermería y le busqué en su camarote. Katie y él estaban abrazados y hablaban de algo que en principio no entendí.

—¿Qué era?

—Hibbings se dirigió a Katie con el nombre de Dumenx y ella le llamaba Ooxah. Hibbings le instaba a hacer algo. *«¡Tienes que liberar a nuestros compañeros, si queremos volver a Hontar-Rha!»*

—¿Escuchaste algo más?

—No. Me sentía tan perturbada por lo que había oído, que di media vuelta y volví a la cabina. ¿Qué crees que está ocurriendo, Mark?

Goldman tardó en responder.

—No lo sé exactamente, pero escuchad mis instrucciones. ¿Dónde se encuentra ahora el doctor Hibbings?

—No lo sé. Supongo que en la enfermería —respondió Sandra.

—Dile a Bob que vaya a comprobarlo. Si Hibbings está en la enfermería, que le encierre hasta que yo vuelva. Y otra cosa: no permitáis penetrar a nadie en la nave sin que yo lo autorice.

—Pero Katie Adams está fuera.

—Tampoco ella debe volver a la astronave. Haced lo que os he dicho —insistió Goldman.

—¡Por amor de Dios, Mark! ¡Vuelve cuanto antes! —gimió Sandra.

—Volveré cuando pueda —respondió el capitán.

Rodeó uno de los carros y buscó la pistola-láser.

En cuanto la tuvo en su poder, envió una llamada a los hombres de la Falcon-009.

—¡Bill! ¿Me escucháis?

—Sí, capitán. Lo hemos visto todo, sin tiempo para intervenir. ¿Qué le ocurrió a York?

—No tengo tiempo de explicártelo. Pero se trata de algo terrible que nos amenaza a todos. Escuchad mis órdenes. Ninguno de vosotros debe abandonar la nave ni permitir que nadie penetre en ella hasta nueva orden.

—¿Qué va a hacer, capitán? —preguntó Richards, inquieto.

—Voy a examinar esa extraña nave surgida de las profundidades. ¿Disponéis de provisiones?

—Apenas para unas horas, capitán. ¿Quiere que le acompañe?

—No —respondió Goldman—. Iré yo solo. Quiero preguntarte algo, Bill. ¿Visteis a Katie Adams rondar por aquí?

—¡Sí! ¿Qué le ocurre? Intentamos comunicarnos con ella a través de la radio, pero no respondió a nuestra llamada. Llegó a bordo de uno de los carros y luego desapareció.

—Desconectad la fuerza eléctrica y anulad todos los mecanismos de salida al exterior. No permitáis entrar a nadie..., aunque yo mismo os lo ordenase.

—¡Capitán!

—Haced cuanto os he dicho —insistió Goldman.

Subió a uno de los vehículos, cerró la escotilla transparente y lo puso en marcha.

Marchaba en línea recta hacia la montaña surgida de las entrañas de la tierra, a uno de cuyos costados descansaba la insólita silueta de la astronave.

El pequeño vehículo emprendió la ascensión de la abrupta pendiente a través de las fumarolas.

Finalmente, se detuvo junto al fuselaje metálico ennegrecido.

Una gran sección lateral aparecía abierta y del interior se escapaba una fosforescencia mortecina de color rojizo.

Goldman bajó del vehículo y apretó la pistola entre sus manos.

Vaciló antes de ascender por la escala de raro diseño.

¿Qué iba a encontrar dentro?

—Debo llegar hasta el final —se dijo.

Subió.

Avanzó a través de un pasillo cilindrico, tenuemente iluminado.

Dos puertas de forma circular se ofrecieron a su curiosidad.

Bajó la cabeza para pasar bajo el marco y entró.

Sus ojos se desorbitaron de espanto al contemplar la gran estancia en la que se amontonaban las altas pilas de restos humanos.

Centenares de pequeños esqueletos de débil consistencia ósea se amontonaban allí.

—Cuatrocientos, tal vez quinientos —calculó.

Pero ¿a quiénes pertenecían aquellos esqueletos?

Eran todos de parecidas dimensiones: algo menos de un metro de longitud, aunque las calaveras que yacían amontonadas en los rincones tenían unas proporciones semejantes a las de los seres humanos terrestres.

—Quizá... eran niños —aventuró Goldman, petrificado de horror.

Un siseo apagado sonó a su espalda.

Goldman se volvió de un salto.

Una pequeña serpiente azulada flotaba sobre el aire.

¡Aquella cinta fosforescente era igual a la que había penetrado a través de las retinas de Warren York...!

La sinuosa cinta azulada avanzó rápidamente hacia él.

Goldman cerró instintivamente los ojos y experimentó un violento choque que le arrojó al suelo.

Abrió los ojos y elevó su pistola.

La serpiente azulada vagaba en el aire. ¡Le buscaba!

Disparó.

Brotó una llamarada en el aire y la cinta luminosa se extinguió y un polvillo blanquecino cayó al suelo.

Goldman se incorporó, horrorizado.

Su instinto de conservación le impulsaba a correr hacia el exterior.

«¡Huye, huye, ahora que aún estás a tiempo!», pensó.

Pero Goldman abandonó el horrible osario y salió al pasillo tubular. Agachó la cabeza y pasó a través de otra de aquellas aberturas.

Unas grandes esferas metálicas pendían del elevado techo.

Entonces oyó el gemido.

Avanzó y vio a Katie Adams.

Sollozaba, de bruces en el suelo.

Goldman corrió hacia ella…, pero se detuvo a medio camino. ,

—¡Katie! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

Ella elevó la cabeza, giró el cuello y le miró.

—Todos estaban muertos…, excepto dos —gimió.

—¿Quiénes estaban muertos? —inquirió, aterrado.

—¿No los ves? Dentro de sus habitáculos sólo quedan cenizas.

Goldman se aproximó a una de aquellas esferas, con gran precaución.

Miró a través de la abertura circular y sólo vio un poco de polvo blanquecino en su interior.

Dos estaban absolutamente vacías. En las restantes… sólo un pequeño montón de aquel polvo.

—Esa luz azulada… —murmuró—. ¿Eran tus compañeros?

—Sí. Yo los salvé de la muerte, atomicé sus cerebros, creí convertirlos en seres inmortales…

Goldman se aproximó dos pasos, sin perderla de vista un solo instante.

—¡Inmortales! —exclamó, escéptico—. No hay nadie inmortal. Sólo Dios perdura por encima del tiempo.

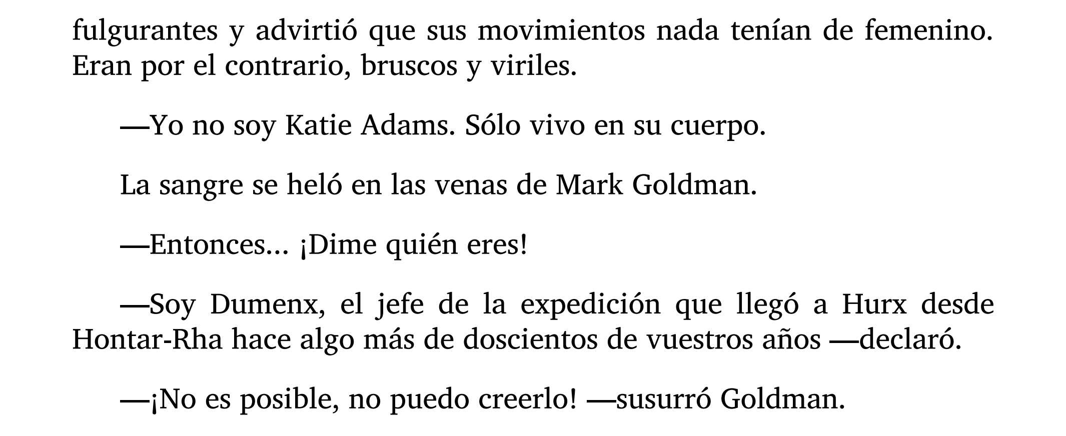
Katie le miró con odio.

—Ellos podían ser inmortales. Pero transcurrió demasiado tiempo. La energía de esta nave se fue extinguiendo y la fuerza magnética que mantenía unidos los elementos integrales de sus mentes dejó de actuar. Ahora…, ahora ya no son nada: un poco de fósforo, de materia gris inerte, nada más.

—¡Katie, estás loca! Tú no puedes saber nada de eso. Tú eres una persona normal, como yo mismo…

La mujer se irguió despacio y le miró.

Entonces, Goldman vio sus facciones tensas, crispadas, sus ojos



fulgurantes y advirtió que sus movimientos nada tenían de femenino. Eran por el contrario, bruscos y viriles.

—Yo no soy Katie Adams. Sólo vivo en su cuerpo.

La sangre se heló en las venas de Mark Goldman.

—Entonces... ¡Dime quién eres!

—Soy Dumenx, el jefe de la expedición que llegó a Hurx desde Hontar-Rha hace algo más de doscientos de vuestros años —declaró.

—¡No es posible, no puedo creerlo! —susurró Goldman.

—¿Por qué no puedes creerlo? Antes viví en el cuerpo de Andy Brooks, en el del coronel Bougard y en el del copiloto Jim Kopen...

—¡Katie! —pronunció Goldman.

Pero la mujer se agitó frenética.

—¡No me llames Katie! ¡Soy Dumenx, de Hontar-Rha! —gritó, colérica.

—Empiezo a creer que es verdad —respondió el capitán, demudado—. Está bien, Dumenx, quiero saberlo todo. ¿Por qué no me lo explicas?

Katie hundió la cabeza entre los hombros.

—Lo sabrás todo. A fin de cuentas, nada me importa ya —murmuró con voz desmayada.

Y comenzó a hablar con voz monótona.

* * *

Goldman suspiró profundamente.

—¿Y ahora? —preguntó.

Dumenx alzó la cabeza y le miró.

—Es el fin —declaró—. No puedo seguir viviendo. Ooxah vivía con la esperanza de que nuestro terrible problema encontrase una solución, una vez llegados a Hontar-Rha. Pero ahora comprendo que sólo fue una quimera. Nuestro planeta está lejos, inaccesible incluso para vuestras astronaves.

—No acabo de comprender por qué abandonasteis Hontar-Rha y

vinisteis a un lugar tan remoto —expresó.

Dumenx-Katie Adams le dirigió una sonrisa triste.

—¡No lo comprendes…! La nuestra era la civilización del ocio, del supremo aburrimiento. Habíamos alcanzado el emporio de la ciencia y de la técnica. Las maquinas superautomatizadas lo hacían todo por nosotros, que apenas teníamos que apenas teníamos que enviar un impulso cerebral, telepático, para ponerlas en marcha o detenerlas. Comenzamos a atrofiarnos porque no hacíamos nada.

—Es horrible —exclamó Goldman.

—Tú lo has dicho: horrible. La inactividad disminuyó nuestros cuerpos y degeneró nuestros músculos. Tu has visto los esqueletos de mis semejantes… ¡Apenas teníamos ya la estatura de uno de vuestros niños! Pero nada podíamos hacer por arreglar nuestro problema: nos habíamos vuelto indolentes, vacíos, incapaces del menor esfuerzo físico.

—Sigo preguntándome por qué viajasteis durante miles de años a través del universo hasta llegar aquí —observó el capitán de la Falcon-015.

—Uno de nuestros sabios, Baa, influyó en nosotros para que saliésemos de nuestra mortal inercia. Nos habló de lejanos mundos, de otras civilizaciones… Sólo quería poner en nuestros corazones la semilla de la inquietud, el afán de aventuras, el ansia por aventurarnos en lo desconocido, como único medio capaz de devolvernos nuestras anteriores aptitudes físicas. Nuestras ingeniosas máquinas construyeron esta magnífica astronave y quinientos voluntarios nos dispusimos a comenzar la gran aventura…

Dumenx se expresaba con voz desmayada, cada vez más baja e ininteligible.

—Cuando finalmente llegamos a Hurx, nuestra decepción fue inmensa. El tiempo, que no nos había afectado a bordo de la nave, había transcurrido veloz para este planeta. Su civilización estaba extinguida y su superficie era inhabitable.

Baa había influido en ellos para que permaneciesen en Hurx tras las huellas de los hombres que habían vivido en el planeta mil quinientos años antes.

—Ya sabes el resto, Goldman. Nuestro principal enemigo, EL TIEMPO, obró en contra nuestra. La energía latente en nuestra nave se

fue extinguiendo, sin que nosotros, abstraídos en nuestros trabajos de investigación, pudiésemos advertirlo…

—Dime una cosa, Dumenx. ¿Vuestras investigaciones acerca de esa antigua civilización arrojaron algún resultado positivo? —preguntó Mark Goldman, con gran interés.

Dumenx se recostó contra un panel metálico.

—No fue gran cosa. Hallamos algunos documentos esculpidos en piedra… Monumentos funerarios a la memoria de grandes héroes o algo semejante. Los hurxitas se hallaban divididos por el egoísmo y el orgullo. Creo que crearon una fuerza muy superior a ellos…

—¿Energía nuclear?

—Bien pudiera ser. Lo cierto es que la bestia que ellos mismos habían engendrado escapó a su control y el apocalipsis estalló sobre Hurx, de forma que todos sus habitantes perecieron. Pero no fue eso todo…

—¿Si?

—El equilibrio geológico se alteró y las entrañas del planeta se rebelaron. Desde entonces, su masa se ve agitada continuamente por violentos cataclismos y su atmósfera se envenenó.

—Pero tu… ¡tú estás respirando sin escafandra! ¡Respiras la envenenada atmósfera de Hurx! —exclamó Goldman, estupefacto.

—Nosotros estamos aclimatados. No olvides que hemos vivido durante cientos de años en este planeta…

—Pero tú vives en el cuerpo de Katie Adams y su organismo es terrestre —interpuso el capitán.

—El cuerpo de Katie Adams no resistirá mucho. Morirá. Y esto es lo que me desespera. Porque yo moriré con él —respondió Dumenx.

Goldman retrocedió unos pasos.

Contemplaba entre compasivo y aterrado el cuerpo de la bella Katie Adams, ocupado por la mente de Dumenx.

—¿Qué puedo hacer por ti, Dumenx? —preguntó, al fin.

Katie alzó su rostro.

—Mátame. Y mata a Ooxah. Ya sabes que ella vive en el

organismo del doctor Hibbings…

Bajo su escafandra de plástico, Goldman sudaba copiosamente.

—¿Matarte? —clamó, desesperadamente—. Creo…, ¡creo que no sería capaz de disparar!

Dumenx comenzó a incorporarse.

Su expresión era terrible. Sus ojos brillaban y su rostro estaba tenso.

—Tienes que matarme, Goldman. Es tu deber. Y debes eliminar también a Ooxah. Ella… es más ambiciosa que yo. No se atiene a ninguna regla. ¡Sólo le importa vivir, sea como sea!

Dumenx avanzó dos pasos y Goldman retrocedió otros tantos.

—Pero tú, Dumenx, amas a Ooxah, la amas más que a tu propia vida —exclamó.

—Tienes razón, Goldman —pronunciaron los secos labios de Katie Adams—. Ella ha sido mi compañera durante larguísimos años. La amo, pero… amo más a la justicia y a la verdad. Veo ahora, que mi final se acerca, todo lo monstruoso de mis experimentos… ¡Porque todos nosotros, los hombres y mujeres de Hontar-Rha, debimos morir hace muchos años! Esa es la ley natural de la Vida y de la Muerte, ésa es la expresión de la justicia…

A su pesar, Goldman se sentía admirado.

—No sería capaz de disparar. Eres noble, Dumenx. No sólo tienes mente. En ti hay también un corazón generoso —expresó Mark, admirado.

Pero Dumenx avanzaba lentamente hacia él.

—Es posible, Goldman —respondió—. Pero mi instinto me impulsa a sobrevivir. ¡Dispara!

—¡No…, no puedo! —gimió Goldman.

—Dispara, te lo ruego.

—¡Es imposible, Dumenx! No sólo se trata de ti. Habitas en el cuerpo de Katie Adams. Si disparo…, la mataré también a ella.

Dumenx se detuvo.

A través de los azules ojos de Katie Adams, le miró fijamente.

Goldman, preso de aquella mirada, no adivinó el peligro.

Súbitamente, una fina serpiente azulada brotó de los ojos de Dumenx y onduló veloz hacia él.

«¡Va a apoderarse de ti, Mark! ¡Dispara!», decidió mentalmente.

Goldman se dejó caer al suelo y apretó el disparador de su arma.

El techo metálico se derritió, pero la cinta fosforescente de color azul flotaba en el aire, ansiosa por encontrar refugio.

Detrás, Katie Adams permanecía en pie, rígida, inmóvil como una pétrea estatua.

—¡Dispara, dispara! —volvieron a gritar los labios de Katie.

Una brillante llamarada brilló en el aire. Y aquel polvillo blanquecino flotó un momento y luego cayó al suelo.

También Katie Adams se derrumbó.

Cuando Goldman, saliendo de su estupor, se alzó y corrió hacia ella, sólo pudo comprobar que Katie había dejado de existir.

Goldman, afligido, lloró sobre su cadáver.

CAPITULO XII

¿Qué ha pasado?

Me encontraba en la enfermería, cuando la puerta se ha cerrado de repente.

No le he dado mucha importancia, en principio.

Alguien la ha cerrado inconscientemente, supongo.

Pero he dejado lo que estaba haciendo y he ido a la puerta.

¡No cede!

¡Está firmemente cerrada por fuera!

¿Por qué?

He corrido a por mi intercomunicador. Ya me disponía a gritar, pero he comprendido que debo mantener la calma y conducirme con prudencia.

—¿Teniente Barrett? Alguien, por error, ha cerrado la puerta de la enfermería. ¿Quiere dar orden de que la abran, por favor?

He esperado inútilmente la respuesta.

Insisto una y otra vez.

—¡Barret, Barrett! ¿Me escucha? Soy Oo... Soy el doctor Hibbings. ¡Le ordeno que haga abrir la puerta de la enfermería! —grito hasta llegar a enronquecer.

Silencio.

Nadie me responde.

Y ahora lo comprendo de repente.

¡Me han encerrado, me han aislado!

Y si es así, sólo existe una explicación lógica: ellos saben que algo extraño ocurre. Quizá sepan que dentro del doctor Hibbings estoy yo, Ooxah.

Me debato inútilmente, buscando una solución.

Inútilmente, porque no podré salir de aquí a menos que abran esa

puerta desde fuera.

¡Si pudiera enviar mi mensaje mental a mi amado Dumenx!

Estoy segura de que él correría a auxiliarme.

Aunque… Dumenx me preocupa.

El comienza a sentir extraños y pueriles remordimientos.

Dumenx teme que todo cuanto hizo por salvarnos sólo haya sido una locura.

¡Una locura, sobrevivir!

¿Es que pretende que se pierda inútilmente nuestro esfuerzo de tantos años en plena soledad y aislamiento?

Yo, Ooxah, de Hontar-Rha, no estoy dispuesta a permitirlo.

—Me han encerrado… Necesito tu ayuda; amado mío… ¡Ven a socorrerme, Dumenx! ¡Te necesito!

Repito una y otra vez mi llamada de socorro, pero no logro recibir la menor respuesta.

¿Será posible, que… Dumenx, mi amadísimo Dumenx me haya traicionado?

¡No!

¡No puedo creerlo, no quiero creerlo!

Debo tratar de serenarme, de obrar sensatamente, de no forzar demasiado mi cerebro, ni el del doctor Hibbings.

Tengo que pensar, sí, pero razonablemente, sin excitarme.

Estoy segura de que existe una solución.

Pero si no me liberan de este encierro…

En la enfermería, no dispongo de víveres. Apenas de alcohol, unas vitaminas y proteínas sintéticas.

Todo ello me permitiría vivir unos días, quizá una semana.

Antes se abrirá esa maldita puerta, estoy segura.

Debe abrirse, porque si no…

* * *

Con el corazón destrozado, Mark Goldman abandonó la gigantesca astronave de Hontar-Rha y ascendió al carro eléctrico.

Deslizó la escotilla transparente y puso en marcha el vehículo.

Comenzaba a oscurecer en Hurx cuando se aproximó a la Falcon-015 que, aun siendo gigantesca, parecía una libélula en comparación con la colosal nave procedente del lejano Hontar-Rha.

Detenido el vehículo bajo el fuselaje de la astronave, Goldman descendió del Maggot-Car y pulsó su excitador electrónico.

Pero la compuerta inferior no se abrió.

—¡Habla el capitán Goldman! —dijo a través de la radio—. Bob, ¿me recibes? Mi excitador electrónico ha debido estropearse y la compuerta inferior no se abre. ¡Franquéame el paso!

—No —respondió Bob Barrett.

Goldman se volvió bruscamente hacia las alturas.

—¿Estás loco, Barret? ¿O, tal vez, he oído mal? —gritó.

—No has oído mal. Tu excitador electrónico no está estropeado. *Yo lo he desactivado para que no pudieras entrar en la nave* —fue la sorprendente declaración del copiloto.

—Ahora veo que, en verdad, has debido volverte loco, Bob. ¿A qué se debe tu actitud? —exclamó, impaciente.

La respuesta tardó en llegar unos segundos.

—La verdad es que no sé si eres tú o... se trata de ese Dumenx —pronunció Bob—. Lo hemos oído todo a través de tu radio, que estaba conectada. Según hemos podido establecer, Katie Adams estaba agonizando y Dumenx, que vivía en ella, necesitaba otro cuerpo para sobrevivir. *¡Y te utilizó a ti, Mark! ¿O debo llamarte Dumenx?*

Gruesas gotas de sudor resbalaron desde la frente del capitán y empaparon su cuello.

¿Podría concebirse nada más grotesco?

Sus órdenes anteriores se volvían contra él. Había ordenado a Bob que no permitiera la entrada a nadie. Y ahora Barrett imaginaba, erróneamente, que la mente de Dumenx vivía en él. Y, en

consecuencia, no le permitía subir a bordo.

En el paroxismo del nerviosismo, rompió a reír a carcajadas. ¡Podría darse situación más absurda!

Pero sus carcajadas sólo sirvieron para confirmar a Barrett en sus sospechas.

Poco a poco, Goldman consiguió serenarse un tanto.

—Escucha, Bob: no ocurrió nada de lo que tú sospechas. El propio Dumenx me pidió que lo matase.

—Lo oí todo perfectamente. Es inútil que intentes convencerme. No te permitiré la entrada —afirmó Bob, con voz ronca.

—¡Bob, Bob! Maté a Dumenx antes de que él pudiera penetrar en mi cerebro —clamó Goldman, desesperado.

—¿Cómo puedo saber que es verdad lo que estoy oyendo? Si Dumenx se hubiera apoderado de tu cuerpo, él diría lo mismo que tú acabas de decir, para convencerme de que debía dejarle penetrar a bordo —respondió Barrett.

Por encima de todo, Goldman tuvo que admitir que la lógica de su copiloto era aplastante.

—Está bien, Bob. No me abras hasta estar seguro de que soy yo, en verdad. Pero, al menos, hazme llegar dos balones de oxígeno. Los que tengo están casi vacíos y apenas me permitirán respirar veinte minutos más —rogó el capitán.

—No.

—¡Por el amor de Dios, Bob! ¿Qué te impide ayudarme? —gritó con todas sus fuerzas.

—Si Dumenx está dentro de ti, y eso es lo que sospecho, tendremos que sacrificarte, Mark. Lo siento. Pero sé que eso sería lo que tú mismo harías —respondió Bob Barrett.

Goldman consultó su reloj.

Sólo disponía de oxígeno para respirar durante dieciocho minutos.

A la desesperada, buscó una solución.

Sólo encontró una: montar en el carro eléctrico y dirigirse hacia la Falcon-009.

Quizá lograse convencer a Bill Richards para que le permitiese subir a la astronave. O al menos, obtener un juego de balones de oxígeno.

Subió al Maggot-Car y lo puso en marcha.

Apenas se había alejado unos treinta metros cuando comprendió que acababa de cometer un terrible error.

Barrett estaba dispuesto a eliminarle a toda costa. Y lo peor era que Goldman no podía recriminarle por ello, puesto que el copiloto estaba cumpliendo con lo que creía su deber.

Un esplendente fulgor anaranjado fluyó del cañón de proa y el rayo abrió un enorme socavón a su izquierda.

—Pero… ¿qué haces? —resonó la voz de Barrett a través de la radio—. ¡Por el amor de Dios, Sandra! ¿Quieres decirme por qué me has obligado a fallar el disparo?

Goldman hizo dar media vuelta al vehículo y volvió apresuradamente a cubierto bajo el fuselaje de la Falcon-015.

Allí, al menos se encontraba a cubierto del temible rayo del cañón de proa.

Los gritos de Sandra martirizaron sus oídos.

—¡No puedo, Bob, no puedo permitirte que desintegres a Mark!

—Pero ¿no lo entiendes? En realidad, ya no es Mark, puesto que el diabólico cerebro de Dumenx dirige todas sus ideas y movimientos. ¡Es necesario eliminarle, como se eliminaría a una alimaña peligrosa! —gritaba Barrett, muy excitado.

CAPITULO XIII

Se produjo un silencio angustioso.

Mark Goldman aguardaba a bordo del carro eléctrico, encogido en el asiento, como el reo que debe esperar inexorablemente a que llegue la muerte.

Su reloj decía que en los balones no quedaba ya oxígeno más que para otros ocho minutos.

—¡Espera, Bob! —oyó el gemido de Sandra—. ¡Recuerda! ¿Qué pasó con Jim Kopen, con el doctor Hibbings, con Katie Adams?

—¿A qué te refieres? —gruñó Barrett, impaciente.

—Todos ellos experimentaron cambios fisonómicos y de conducta cuando Dumenx o su compañera Ooxah se aposentaron en ellos, ¿no es cierto? Hibbings, al que creemos poseído por Ooxah, se alteró tanto que a partir de allí incluso sus movimientos y sus gestos eran claramente femeninos. En cuanto a Kopen, al coronel Brown y a la infeliz Katie, sus facciones se crisparon y su piel se tensó...

—¿Adonde quieres ir a parar? —exclamó el copiloto.

—Sé razonable, Bob. Piensa. Si Dumenx consiguió apoderarse de nuestro capitán, las facciones de éste aparecerán claramente deformadas, ¿no lo crees?

—Sí, creo que tienes razón —susurró Bob.

—En tal caso, dime, ¿qué podemos perder con esperar a que la luz del día nos permita escrutar el rostro de Mark Goldman? —jadeó Sandra, esperanzada.

—Está bien —decidió Barrett, tras reflexionar un momento—. Voy a ordenar que le surtan de oxígeno suficiente para que pueda vivir hasta mañana. Pero si cuando amanezca, examinamos su rostro a través de la televisión y comprobamos que está deformado, yo mismo abandonaré la nave y... le mataré.

«Es todo un consuelo», pensó tristemente Mark Goldman.

La compuesta se abrió un instante y cuatro juegos de respiración autónoma se deslizaron por una rampa metálica hasta el suelo.

Tras lo cual, la rampa se cerró bruscamente.

Goldman saltó al suelo y cambió sus vacíos balones de oxígeno por unos llenos.

Volvió al vehículo y miró su reloj.

Si Sandra no hubiera puesto todo su interés en convencer a Barrett, en aquellos momentos Goldman comenzaría a ahogarse.

—Para mí, será la noche más larga y dramática —pronunció en voz alta.

—También para nosotros, Mark. Es decir, si realmente eres Mark —respondió Bob Barrett con voz estrangulada por la emoción.

—Descansa, Mark. Relájate, amor mío —se oyó la voz de Sandra que sonaba dulcísima a los oídos del capitán—. Yo estaré toda la noche en comunicación contigo. Ten confianza, amor mío. Yo estoy segura de que sigues siendo tú mismo.

* * *

Al fin llegó la amanecida en Hurx, anunciada por pavorosas convulsiones sísmicas.

Sólo cuando la luz fue intensa, se oyó la voz del copiloto Barrett.

—Es la hora, Mark. Sitúate, a pie, a veinte metros de la proa de la astronave, de forma que podamos verte bien —ordenó.

Goldman, que se sentía envarado por la larga noche a bordo del carro eléctrico, se dejó deslizar hasta el suelo.

Caminó despacio hacia su destino.

Estaba seguro de que si sus facciones no convencían a Barrett, éste dispararía el cañón contra él y...

Se detuvo a veinte metros de la nave, giró, elevó su rostro de forma que la luz diese claramente sobre él.

En lo alto la cámara de televisión le encuadraba rectamente. Tan rectamente como el terrible cañón de proa.

Transcurrieron diez segundos, veinte... incluso treinta.

—Tus facciones son normales, Mark —sonó la voz de Barrett—. Siento..., siento infinitamente haberme comportado así, pero... ¡no

podía hacer otra cosa! Me sentía aterrorizado, y lo mismo ocurría a los demás.

—No tienes que atormentarte, Bob. Hiciste lo que debías hacer —pronunció el capitán, emocionado a su pesar por la angustia que el copiloto había puesto en sus palabras—. Voy a subir.

Volvió sobre sus pasos.

Y a pesar de que el ambiente de Hurx no era el más a propósito para sentir optimismo, sonrió.

«Puede decirse que hoy mismo he vuelto a nacer», pensó.

La compuerta-base se abrió y la escala se deslizó hasta los pies del capitán.

Ascendió ágilmente, utilizó el cierre manual y se despajó de la escafandra.

Su rostro sudaba a raudales aún, pero a Goldman no le importaba el sudor ahora.

En cuanto abandonó la cámara de descompresión, Sandra se abrazó a él y prorrumpió en gemidos.

—¡Mark, oh, Mark! ¡He sufrido tanto por ti durante las horas de la noche!

—Lo sé, lo sé, pequeña. Debes estar destrozada. Deberías irte a descansar —dijo el capitán.

La besó en los labios y aspiró el aroma de los cabellos femeninos.

—Te debo la vida, Sandra —susurró a su oído—. De no ser por ti, Bob me habría matado. Y no puedo recriminárselo, porque cumplió con su deber.

Ella sonrió tímidamente.

—Obré a la desesperada..., porque te quiero —murmuró—. No podía resignarme a perderte sin luchar.

—¡Brava chica! —alabó Mark. Y bajó la voz—. También yo te quiero desesperada, apasionadamente, pequeña mía. Pero me gustaría decírtelo en otras circunstancias menos dramáticas. Ahora..., creo que debemos reunimos con Barrett.

Encontraron a Bob en la cabina de mando.

Mark le miró y el joven prorrumpió en un sollozo.

—¡Imaginar que estuve a punto de desintegrarte...! —gimió.

Goldman le tomó por los hombros.

—¿Quieres olvidarlo ya, Bob? —rogó—. Tenemos que sacar fuerzas de flaqueza. Todavía hemos de enfrentarnos a duras horas de trabajo y esfuerzo. ¿Hibbings? —preguntó.

Barrett se rehízo con un gran esfuerzo.

—Su intercomunicador debe estar conectado. ¿Quieres oírle?

Goldman afirmó con el gesto.

En cuanto Barrett hubo conectado el sonido, el capitán escuchó un profundo jadeo estertoroso, luego un gemido infrahumano, unas broncas palabras ininteligibles.

—¡Dios santo...! —murmuró Sandra, conmovida—. ¡Parece... parece el bufido de una fiera!

—¿Qué piensas hacer con él, Mark? —preguntó el copiloto, cuyas facciones aparecían demacradas, después de aquella noche transcurrida en medio de una tensión insufrible.

El capitán ocultó el rostro entre las manos. Apoyados los codos sobre el panel del puesto del piloto, reflexionó.

¿Qué podía hacerse, en realidad?

Lo más piadoso sería penetrar en la enfermería y matar a Hibbings-Ooxah.

Pero el poder mental de la mujer de Hontar-Rha era tan poderoso, que el simple hecho de penetrar en la enfermería supondría un peligro cierto.

Dumenx lo había afirmado: Ooxah no tenía sentido del Bien ni del Mal, a ella sólo le interesaba sobrevivir, por encima de cualquier otra consideración.

—Nada. No vamos a hacer nada —respondió, alzándose—. Le dejaremos morir. Es lo mejor que podemos hacer. ¿Qué pensáis vosotros?

—Tuya es la decisión. Y creo que es acertada —opinó Barrett.

—¡Es horrible, Mark! —exclamó Sandra, muy pálida—. Pero quizá es lo único que puede hacerse.

En la gran pantalla de televisión apareció el rostro de Bill Richards.

—¡Atención, capitán! —resonó su voz—. El sismógrafo electrónico de la Falcon-009 acusa una gran actividad sísmica para dentro de cuarenta y cinco minutos, que afecta a la zona de Hell Plane. ¿Cuáles son sus órdenes?

Goldman se situó delante de la pantalla.

—Voy a enviaros inmediatamente provisiones suficientes. Bob Barrett comandará la Falcon-009 y tú, Bill, serás su copiloto. Con vosotros quedará Vincent Vaine y volverán a mi nave George Yates y Pete Lorrie. Te enviaré también una operadora de telecomunicaciones. ¡Ojalá podamos despegar antes de que se desencadene la catástrofe! —exclamó.

Rápidamente, la operación se puso en marcha.

Los carros eléctricos fueron cargados de provisiones y medicamentos.

Junto a la cámara de descompresión, Mark se despidió de Barrett.

—Bob, ¿estás seguro de que podrás permanecer en pie? ¡Llevas tantas horas sin descansar! —dijo el capitán, preocupado.

—A ti te pasa lo mismo y estás dispuesto a iniciar el despegue, Mark. A fin de cuentas, no nos queda elección —respondió su copiloto.

—No lo creas —pronunció Goldman—. Prefiero perder la Falcon-009 antes de poneros en peligro.

—No será necesario perder la otra nave. Aguantaré —decidió Barrett. Y sonrió.

Se despidieron con un abrazo fuerte.

Luego, Goldman dio orden de que el reactor fuera acelerado. Y la Falcon-015 vibró, potente.

Mientras aguardaban a Yates y Lorrie, Mark y Sandra observaron

la superficie de Hurx a través de la gran pantalla de televisión.

Era evidente que el seísmo se aproximaba.

La superficie vibraba bajo la nave y las fumarolas elevaban humaredas densas.

Todo presagiaba el terremoto y Goldman se sentía impaciente. Giró la cámara de televisión y vio venir los dos Maggot-Cars que conducían George Yates y el ingeniero Pete Lorrie.

Una enorme grieta dividió la planicie apenas a veinte metros detrás de los carros eléctricos.

Detrás de Mark, Sandra dejó escapar un grito.

—¡Mark! ¡Mark! ¡No vamos a tener tiempo!

—¡Calla, por favor! —pidió el capitán, que seguía con la cámara la aproximación de los dos vehículos.

—Mark, la agitación aumenta. La aguja del sismógrafo parece loca —exclamó Sandra, despavorida—. ¡La tierra se abrirá y engullirá a la Falcon-015! ¡Mira, Bob acaba de despegar!

Goldman lo sabía. Era consciente de que la tierra podía rajarse de un momento a otro bajo ellos y engullirles... como acababa de engullir la montaña, arrastrando con su enorme masa a la negruzca astronave llegada de Hontar-Rha.

Pero aguardó hasta que Yates, Lorrie y los dos vehículos fueron izados a bordo.

Sólo entonces pulsó los mandos, aceleró los generadores de energía e inició el despegue en pos de la Falcon-009, que se elevaba ya en la turbia atmósfera de Hurx.

La nave vibró con violencia y... su base de sustentación perdió contacto con el suelo.

La superficie de Hurx huyó rápidamente, según las imágenes que enviaban las cámaras de televisión de la parte inferior del fuselaje.

—¡Mark, mira! —gritó Sandra a su lado.

Miró.

En el mismo lugar que acababan de abandonar, una profunda grieta de más de un kilómetro de longitud arrojaba surtidores de rojo

magma al espacio.

—Unos segundos más —musitó Sandra, estremecida— ¡y hubiéramos caído en esa tremenda hoguera!

Mark la miró fugazmente.

Y silbó levemente.

—Querida, no es muy útil perder el tiempo en considerar lo que pudo haber sido... y no fue —exclamó, después de soltar un profundo suspiro—. Lo cierto es que estamos volando.

—¿Volamos? —preguntó alegremente George Yates, que junto a Pete Lorrie, acababa de penetrar en la cabina de mando.

Goldman alzó una mano en señal de saludo y afirmó:

—En efecto, amigos. Volamos hacia casa.

CAPITULO XIV

Decididamente, esto se acaba.

¿Cuántas horas llevo encerrada en este maldito cubiculo metálico?

¿Cuarenta y ocho, setenta y dos horas?

No tengo noción exacta del tiempo transcurrido.

Pero sé que me estoy muriendo.

Es decir, es Harold Hibbings el que se muere.

Está loco, loco de atar.

Se empeña en golpearse contra las paredes, en destrozarse las manos, los pies, el rostro...

La enfermería está cubierta de su sangre.

Yo lo sé, está desesperado.

Ha sentido el aguijón del hambre, de la sed y de... la soledad.

Está ansiando morir, busca desesperadamente morir para huir a sus sufrimientos.

También yo, con él, estoy sufriendo.

Pero mi sufrimiento es más moral que físico.

Dumenx ha debido morir, no voy a hacerme ilusiones a estas alturas.

Lo sé, estoy segura de ello.

Lo ha matado Goldman.

¡Ese maldito capitán...!

Yo le odié desde que el general Davidson lo presentó al loco coronel Brown.

Adivinaba en Goldman a un enemigo potencial.

El era más duro, más resistente y reacio que ninguno de los hombres y mujeres que formaban la tripulación inicial de la Falcon-015. I

Hibbings yace sobre el piso plástico de la enfermería.

De vez en cuando murmura palabras incoherentes.

Podría hacerle callar, porque a veces ruge como una fiera, pero ya todo me importa poco.

Que se arrastre, que aúlle, que gruña..., ¿qué más da?

Hibbings va a morir. Y yo, Ooxah de Hontar-Rha, moriré inexorablemente con él.

No hay nada que hacer. Nada, nada, nada...

¿O sí?

En la enfermería existen bombonas llenas de algunas sustancias inflamables.

Yodo, formol, oxígeno, cloroformo...

—¡Levántate! —ordeno al desgraciado Hibbings.

No me obedece.

Ruge con un estertor de moribundo. La agonía se acerca.

¿Qué pasaría si incendiase la enfermería?

Tal vez, volase toda una sección e incluso se destrozase parcialmente el fuselaje de la maldita Falcon- 015.

—Vamos, Hibbings. Ponte en pie. Necesito de ti—concentro mi potencia mental sobre el médico.

Hibbings se alza del suelo.

¡Reacciona!

Avanza tambaleante, se dirige hacia el botiquín-almacén y abre desmañadamente un gran armario metálico.

Toma entre sus manazas una gran bombona de alcohol y la estampa contra el suelo.

Tose secamente, parece que va a derrumbarse, pero yo sigo esforzándome en dirigirle.

Ahora destroza una botella de formol.

—¡Adelante! Hay que destrozarlo todo —le ordeno.

Los líquidos se mezclan, abundantemente, sobre el suelo, corren, empapan, impregnan el aire.

No importa.

La puerta de la enfermería —la que ellos han cerrado para dejarnos morir— cierra herméticamente. Por tanto, el líquido no saldrá fuera y ellos no podrán prevenir lo que dentro de pocos minutos va a ocurrir.

—¡Rompe, lanza, destruye! —sigo impulsando a Hibbings, que apenas siente ya el dolor de sus manos laceradas.

Se ha detenido y dirige una mirada extraviado a su alrededor.

Naturalmente. Ya no queda nada más que romper.

—Busca un mechero —le digo—. ¡Búscalo!

Desvaria.

No logra orientarse, quizá no recuerda donde guarda sus cosas.

Pero yo lo sé.

Y le guío hasta su mesa, le obligo a abrir el cajón.

Tiene el mechero en sus manos.

—¡Enciéndelo! —ordeno.

Lo enciende torpemente, pero rompe a toser y la pequeña llama se apaga antes de que el gas pueda prender.

—Vamos, hazlo —insisto.

Sé que él va a morir carbonizado o destrozado, pero eso ya no me importa.

Sé que jamás volveré a mi adorado Hontar-Rha, del que nunca debí salir.

De todas formas, no debo lamentarme. ¡He vivido cien veces más que cualquier ser humano!

Hibbings pugna por encender el mechero.

Y finalmente lo consigue.

He visto la exhalación anaranjada.

Y he oído el sordo rumor de la explosión.

Hibbings ha caído a tierra y sus pajizos cabellos arden a llamaradas.

Todo su cuerpo arde, porque sus ropas están impregnadas de materias altamente inflamables.

¡Es impresionante!

La puerta, por fin, se ha abierto.

Ha sido, arrancada de sus goznes por la poderosa explosión y lanzada contra el muro frontero del pasillo.

Y ahora que el camino está libre, ni. Hibbings ni yo podemos escapar.

Hibbings agoniza.

Al fin y al cabo, siento compasión de este pobre hombre que me ha prestado su cuerpo durante unos días.

Se muere, nos morimos.

Ya sus ojos se cierran.

Ya. Nada.

* * *

—¡La enfermería acaba de volar! —gritó Pete Lorrie.

Goldman se alzó violentamente de su puesto y tomó su pistola-láser.

—Hazte cargo, George —indicó a su copiloto.

Corrió cuanto pudo a lo largo de los pasillos.

Cuando llegó ante la enfermería, tres tripulantes acababan de extinguir el fuego.

—La suerte nos ha acompañado una vez más —explicó el electricista Maxwell—. Antes de que el médico destrozase las bombonas de líquidos inflamables y les prendiese fuego, el grupo autónomo de oxígeno había dejado de funcionar, al sufrir una avería casual. Al estar el oxígeno muy enrarecido, la explosión fue mucho menos potente de lo que hubiera podido ser si el equipo de oxígeno hubiera seguido funcionando.

CAPITULO XV

Veintiocho de mayo, en la base del Centro de Operaciones Espaciales en Beaumont (Texas).

Las astronaves Falcon-009 y Falcon-015 acababan de descender sobre las pistas.

Era un magnífico día de mayo. Había un cielo azul claro, sin una nube, y el sol brillaba esplendente en lo alto.

El general Davidson esperaba en la terminal, impaciente.

Aunque Mark Goldman había transmitido un largo mensaje desde el espacio, el general se sentía ansioso por conocer todas las noticias de labios del capitán.

Al fin, un vehículo se detuvo en la terminal y de él descendieron el capitán Goldman, el teniente Bob Barrett y la operadora de telecomunicaciones Sandra Goddard.

Davidson les vio sonreír, dirigir sus miradas hacia el cielo y permanecer un momento en las pistas dejándose bañar por el sol.

El general salió a su encuentro.

Saludó a Barrett, a Sandra Goddard y estrechó calurosamente la mano del capitán.

—Al fin, amigos míos —exclamó Davidson—. Estaba ansiando verlos. Pero díganme: no les esperaba tan pronto. En realidad, el viaje a Hurx ha resultado tan corto y rápido...

Goldman se abrió paso y penetró en la enfermería.

En el centro se encontraba el cadáver del doctor Hibbings.

Presentaba un aspecto negruzco, irreconocible, impresionante.

—Dios lo tenga en su seno —murmuró el capitán, íntimamente emocionado.

Dio órdenes de que llevasen el cadáver a las cámaras de hibernación y se aseguró de que las averías producidas por la explosión carecían de importancia.

Entonces se encaminó a su camarote, recordando que debía grabar

un largo y dramático diario.

Cuando terminó de hacer aquél trabajo, recordó la larga conversación mantenida con Dumenx.

—*El Tiempo, ese fue nuestro más poderoso enemigo* —había afirmado el hombre que procedía de Hontar- Rha, al otro extremo de la Vía Láctea.

—Y le acompañaba la razón —determinó Goldman.

También él había perdido lastimosamente el tiempo.

Se había dedicado simplemente a lamerse las heridas, a dolerse por la traición de Samantha... cuando al alcance de su mano tenía a Sandra Goddard, una mujer, joven, bella, dotada de impulso vital, generosa, que le amaba y a la que el capitán había amado desde el primer día que la conoció.

«Es preciso aprovechar el tiempo. Perderlo tontamente es la mayor necedad posible», pensó.

Y se decidió a luchar con el tiempo.

En su ayuda venía la propia Sandra, que acababa de penetrar en su camarote.

—Mark —dijo ella—, discúlpame por venir aquí, pero te he estado buscando y no te encontré. Me sentía inquieta, necesitaba de ti y...

Goldman se levantó, fue hacia ella y la abrazó con infinita pasión.

—No te disculpes —dijo—. Si tú no hubieses venido, yo hubiera ido a buscarte, amor mío.

Bob, Sandra y Mark cambiaron una mirada entre sí.

Lo que para Davidson parecía corto, para ellos había sido insufriblemente largo y angustioso.

En fin, era cuestión de apreciación.

Davidson les invitó a seguirles a su despacho.

—Han realizado un servicio importante y arriesgado —alabó el general, cuando Goldman terminó su informe verbal—. Pero me temo que se hayan *quedado* excesivamente en él. He decidido apartarles del servicio durante seis meses y concederles unas vacaciones durante ese tiempo.

Si esperaba recibir protestas por parte de sus tres interlocutores, el general Davidson debió quedar defraudado.

Porque Goldman, Barrett y Sandra parecían sentirse muy satisfechos.

—Por fin, mi esposa y yo podremos tomarnos unas largas vacaciones —exclamó Bob, alegremente.

Mark y Sandra se pusieron en pie.

—¿Y ustedes? —preguntó Davidson, curioso—. ¿Qué piensan hacer?

Goldman tomó a la mujer por la cintura y la besó suavemente en los labios.

—Adivínelo, general —respondió Goldman, con una sonrisa enigmática.

—En fin, les deseo que aprovechen bien el tiempo, amigos míos —pronunció Davidson—. Se han merecido un buen descanso.

—Estamos dispuestos a ello, señor —exclamó el capitán, del mejor humor.

Abandonaron el despacho.

Fuera, al aire libre, era hermoso dejarse bañar por el brillante sol y acariciar por la leve brisa de la mañana.

Un soldado se detuvo junto a ellos.

—¿El teniente Barrett? —preguntó, después de saludar.

—Soy yo. ¿Qué ocurre? —respondió Bob.

—Hay una señora rubia en la sala de espera que asegura que su hijo vendrá al mundo allí mismo si usted no se apresura a recogerla y a llevarla al hospital. Se llama Margaret Barrett —informó el soldado.

Bob palideció.

Pero inmediatamente su rostro resplandeció.

Sin molestarse en despedirse de sus amigos, siguió al soldado lanzando grandes gritos.

—¡Un hijo! ¡Nuestro hijo!

Sandra y Mark le vieron ir y sonrieron., También era muy hermoso saber que Bob y Margaret Barrett iban a traer un nuevo ser a este mundo.

Y las flores, y los pájaros, y todos los seres de la creación eran hermosos.

—¿Sabes una cosa, pequeña? —dijo Mark, de pronto.

—¿Sí? —preguntó ella, risueña.

Mark le rodeó el cuello con un brazo.

—Me gustaría dejarme caer sobre un largo y mullido sofá —dijo.

—Yo tengo uno, forrado en cuero, que es muy cómodo —respondió ella.

—En una casa alegre y silenciosa, rodeada de un verde y florido jardín.

—Así es, precisamente, mi casa.

—Y ver ante mí una gran jarra, rebosante de cerveza —añadió Mark, besándola en una oreja.

Sandra rió alegre como un pájaro.

—Mi gran frigorífico siempre está lleno a rebosar de excelente cerveza —afirmó ella.

—Es posible. Pero tengo más exigencias todavía. Por ejemplo, me encantarían algunos entremeses. Poca cosa: aceitunas, cebollitas en vinagre, algunas gambas, un poco de jamón, queso, chiles...

—Nos detendremos un momento en el supermercado a comprar todo eso.

—¿Qué tal una botella de jerez?

—No necesitaremos comprar eso. Tengo media docena en casa —anunció Sandra, caminando a su altura con soltura, a pesar de que Goldman tenía el paso muy rápido.

—¿Y un buen asado?

—¡Oh, gran jefe! —rió Sandra—. ¡Esa es precisamente mi especialidad!

—¿Ensalada?

—Naturalmente. Y un poco de pescado al horno. Y café. Y pasteles. Y coñac francés, un cigarrillo para mí y un buen cigarro habano para ti —completó ella, rápida.

Mark se detuvo un momento y la besó.

—Falta lo principal —dijo.

—¿Qué?

—¿No lo adivinas? Soy como el marinero, cuando toca puerto… ¡Necesito una mujer! —exclamó, extendiendo los brazos en un ademán muy expresivo.

Sandra se detuvo y apoyó sus manos sobre las caderas.

Se contoneó provocativamente y dijo:

—¿Algo así… como yo?

Goldman movió la cabeza.

—No sé, no sé… —gruñó—. No te veo con ese uniforme del SOC. Tal vez vestida con algo más íntimo y sugerente…

Ella le arrojó el bolso de vuelo a la cabeza y Goldman lo agarró con gran agilidad en el aire.

Ya iba a seguir adelante, cuando se oyó una penetrante sirena. Un vehículo frenó bruscamente a la altura de ambos.

—Me temo que alguien va a ocuparse de estropearnos el plan —murmuró Mark.

Un oficial de enlace bajó del coche y se acercó a ellos.

—¿Capitán Goldman? El general Davidson le envía un mensaje. ¿Quiere firmarme el recibo? —dijo.

«Menos mal —pensó Goldman—. Al parecer, no se trata de lo que yo pensaba.»

Firmó y tomó el sobre. Lo abrió y leyó:

> «Acaban de encontrar el cadáver de Dolly Handford en el sarcófago que contenía los restos del coronel Brown. Es de suponer que ella descubrió algo sospechoso y acusó a Hibbings, lo que le costó la vida.

»No quisiera amargar sus vacaciones, capitán. Pero estoy seguro de que le gustará saber que Dolly Handford descansará para siempre en esta bendita tierra nuestra.

»Saludos,

»General Davidson.»

Por un momento, las facciones de Mark Goldman se nublaron.

Pero Sandra le tomó el mensaje de las manos y lo convirtió en menudos fragmentos que se llevó el viento.

—No permitiré que nadie amargue nuestra felicidad, Mark. ¿Seguimos con nuestro programa? —preguntó, con una sonrisa deliciosa.

—Sigamos —dijo él.

Y la tomó por la cintura.

En sus cálculos no entraba perder el tiempo.

F I N

(1) SOC, iniciales de Space Operations Center.

(1) **Llano del infierno**, en inglés.

(3) «Maggot-Cars»; vehículos sobre orugas.

(1) **Simbiosis:** vida conjunta de dos organismos con adaptación mutua, íntima y provechosa para ambos.